

SOCIEDADES DEL PASADO Y PREHISTORIAS DEL PRESENTE

EL CASO DEL CALCOLÍTICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Almudena Hernando*

RESUMEN.- En este trabajo se persiguen dos cosas: por un lado, exponer la fundamentación y los presupuestos de los que parten las posiciones teóricas sostenidas en la Prehistoria española en general. Para ello, se elige el Calcolítico como caso de estudio. Por otro, defender la necesidad de transformar los principios tecno-tipológicos en los que se basa la periodización que actualmente seguimos utilizando, construida a finales del siglo XIX siguiendo el esquema de las Tres Edades de Thomsem. Se argumenta la necesidad de abandonar esa división cronológica ya que es imprescindible dejar de utilizar instrumentos historicistas de investigación si deseamos profundizar en el conocimiento de los grupos que habitaron en nuestra Prehistoria.

Past Societies and Present Prehistories. The case of the Chalcolithic of the Iberian Peninsula.

ABSTRACT.- This text has two goals: first, to analyze the epistemological foundation of the theoretical positions of Spanish prehistory. To do so, Chalcolithic period will be used as a case study. Second, to defend the necessity to transform the techno-typological basis of the periodization we are still using, which was constructed at the end of XIX century, following Thomsen system. It will be concluded that Chalcolithic is an archaeological period without empirical or cultural support. If we want to go further in the knowledge of that period, we will have to abandon that artificial cut in History and to assume a non historicist basis for a new periodization.

PALABRAS CLAVE: Calcolítico, Historiografía, Identidad.

KEY WORDS: Chalcolithic, Historiography, Identity.

1. INTRODUCCIÓN

Mientras el grado de división interna de la sociedad no atraviesa un cierto umbral, la identidad personal de sus miembros está basada más en sus similitudes que en sus diferencias, porque la fuerza que genera el sentirse parte de una unidad mayor les permite tener confianza en que pueden hacer frente a los riesgos que la naturaleza no-humana supone (cfr. Eliás 1990a, b, 1993). Es por ello que muchos de los grupos estudiados por la Antropología reproducen, a través de cada uno de sus miembros, una misma apariencia física, un mismo vestuario, una misma decoración corporal que enfatiza la pertenencia al grupo, la similitud entre sus miembros, la percepción de la propia persona como parte de una unidad mayor que le da seguridad, donde reside el sentido de la vida, del mundo y

del ser. Esos grupos tienen conciencia de sí mismos como algo privilegiado y distinto a los demás, por lo que siempre se autodenominan los “verdaderos hombres”, los “auténticos seres humanos” (Viveiros de Castro 1996; Eliade 1968). Los demás grupos constituyen para ellos una realidad distinta, separada, regida por otro orden, que nunca es el orden sagrado, el que ellos conocen, el que les permite vivir en un mundo con sentido y a salvo. Los demás son siempre los “otros”, los que no gozan del privilegio de haber sido los “elegidos” por la instancia sagrada para comunicarles el modo en que se debe vivir, los secretos de la supervivencia, la forma de vencer los riesgos inagotables de la existencia.

Pero a medida que la sociedad multiplica las funciones de sus miembros, que desarrolla estrategias de control material sobre la naturaleza no-humana y que

* Dpto. de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Ciudad Universitaria, s/n. 28040 Madrid. hernando@ghis.ucm.es

genera modelos de explicación de sus dinámicas, el sentido de pertenencia al grupo se debilita, puesto que las diferencias de posiciones y de trayectorias personales dentro del grupo social van multiplicando la sensación de que cada persona es distinta de las demás y, por tanto, de que el núcleo de la identidad ya no reside en el grupo al que se pertenece, sino en el interior de cada cual. Por ello, la modernidad es un estado de cultura que se caracteriza por un elevado control de los fenómenos de la naturaleza, un elevado desarrollo de los modelos abstractos o científicos que permiten entender sus dinámicas (y, por ello, controlarlas), y por la individualidad (y conciencia de ello, es decir, por la subjetividad) como forma de identidad (Giddens 1997). A medida que esos rasgos se fueron consolidando, el cambio comenzó a valorarse positivamente, pues ya no se temía el riesgo que siempre supone su presencia: cuanta más sensación existe de control sobre el presente, más seguridad se tiene de que se controlarán también las circunstancias del futuro, aunque sean diferentes. Por ello, a medida que estos rasgos de identidad y de estado de la cultura ganaban presencia social, el tiempo comenzaba a convertirse en el principal parámetro de ordenación de los hechos de nuestra experiencia, porque la diferencia entre los hechos del pasado y los del futuro podía agrandarse cada vez más. De hecho, mientras el mito, forma de construir socialmente el mundo entre los grupos con escasa división de funciones y especialización del trabajo, refleja una realidad estática que se ordena a través del espacio, la ciencia refleja una realidad dinámica que se ordena a través del tiempo. Y diversos autores (Bartra 1997: 201; Amorós 1997: 42) han llamado la atención sobre el cambio de percepción observable a lo largo de nuestra historia occidental en el sentido de que mientras la sociedad medieval pensaba el mundo en función del ser, de forma estática, a partir del Renacimiento, el mundo –y dentro de él los propios individuos– se piensa en función del devenir.

Parecería, entonces, que el modo de construir la identidad que se consolida en la modernidad constituye la contraparte del modo mítico de identidad de los grupos escasamente divididos. Pero creo, sin embargo, que se mantiene un rasgo que nos define a todos por igual: también en la modernidad necesitamos definir a nuestro grupo por oposición a los “otros”; mantener la sensación de que “nosotros” somos el grupo privilegiado, que conocemos el verdadero orden del mundo –que los demás desconocen– y tenemos en nuestra mano el secreto de la supervivencia. Es decir, aunque personalmente nos vayamos definiendo en términos más individuales, la sensación de seguridad y de orientación en el mundo, de saber quiénes somos y que vamos a ser capaces de sobrevivir, sigue derivándose de nuestra pertenencia al grupo, de nuestra vinculación a ese “nosotros” conflictivo y polimorfo de la moderni-

dad. Pero esto tiene trascendentes consecuencias, porque, a diferencia de grupos menos divididos, nuestra forma más consciente de identidad es la que nos hace sentirnos diferentes a los demás, particulares dentro de la totalidad del grupo. Así que esa identidad del “nosotros” no se construirá ya por vinculación consciente y expresa de cada uno de nosotros a los demás componentes del grupo social, sino que utilizará otros mecanismos: sobre todo, el de enfatizar que las diferencias interpersonales dentro del grupo son menores que las detectables respecto de otros grupos. Es decir, la identidad moderna exigirá definir a los “otros”, tanto más cuanto más fragmentada e individualizada sea la sociedad que la genera.

Y para conseguir este fin utiliza determinadas estrategias, que no pueden evitar convertir a los “otros” en un objeto de análisis y descripción, pues éste es el modo de conocimiento implícito en la modernidad: en efecto, el conocimiento científico establece una distancia inevitable entre un sujeto que conoce y un objeto que es conocido, por lo que, a mi juicio, conocer a otros seres humanos a través de la Ciencia implica, necesariamente, privarles de su condición de “sujetos” en alguna medida, reducir sus dimensiones, no poder entender que son precisamente sus diferencias lo que les hace incomparables a nosotros, lo que permite concebirlas en términos de igualdad.

Por la misma razón, nunca hemos prestado realmente atención a esos “otros”, no hemos establecido una relación “inter-cultural” con ellos, sino que los hemos convertido en “objeto” de nuestros estudios, tanto a los de “otros tiempos” –a los que estudiamos a través de la Historia y la Prehistoria–, como a los de “otros espacios” –a los que estudiamos a través de la Antropología–. Nos hemos definido como los únicos sujetos de la Historia, reduciendo a la categoría de objeto a cuantos no son “nosotros”. Y es por ello, a mi juicio, que no conseguimos comprender su subjetividad, su manera de relacionarse con el mundo, su forma de construirse a su vez como un “nosotros”. Es por ello, en fin, que utilizamos criterios reduccionistas, asociales, que no tienen en cuenta la verdadera dimensión de la cultura humana, en las ordenaciones que hacemos de ellos en nuestros estudios de Prehistoria.

Éste es, ciertamente, un problema de difícil resolución, pues el conocimiento científico es positivista por definición; es decir, parte de la convicción de que el conocimiento no se construye, sino que se valida (Criado e.p.). Lo único que hacen las ciencias, de acuerdo a esta posición, es descubrir las relaciones que existen en la naturaleza. El sujeto es artífice de ese descubrimiento, a través de la formulación de modelos e hipótesis que le permiten representar adecuadamente esas relaciones, pero él no modifica esas relaciones. Es decir, el investigador positivista está seguro de que la realidad funciona tal y como él cree que funciona.

De esta forma, al no diferenciar como dos instancias distintas el mundo y el modo como él entiende ese mundo, piensa que todos los grupos humanos lo han debido entender igual que él. Con ello, establece un error fatal, pues atribuye a los grupos de otras sociedades o culturas la forma de entender la realidad y de relacionarse con ella propia de la sociedad moderna-occidental.

La hermenéutica vino a intentar paliar el problema que esto suscitaba respecto a las llamadas “ciencias del espíritu”, defendiendo que al hablar de la naturaleza humana no podía establecerse la identidad entre el fenómeno y el modelo que lo representa (Gadamer 1992). Pero entonces se planteó el problema de tener que establecer un criterio de validación del modelo, problema que no puede resolverse por cuanto supondría tener que aceptar que existe algún criterio de adecuación de un modelo de representación al fenómeno que representa, lo que se consideraría positivista. Así que los defensores de la hermenéutica –conocidos en el campo de la Prehistoria como tendencia postprocesual–, han caído en un relativismo inoperante que abandona toda pretensión de reconstrucción positiva del pasado.

Obsérvese entonces la dificultad que plantea la situación en la que nos encontramos: o reconstruimos un pasado a través de la proyección de nuestra propia manera de entender el mundo y la realidad, o caemos en una estéril narrativa del pasado, abierta a cualquier especulación. Entre esas dos alternativas se han debatido los estudios del pasado prehistórico, lo que ha generado toda una serie de conocimientos muy fiables en términos de reconstrucción material del registro, pero a mi juicio equivocados en términos de profundización real en el modo como esos “otros” se relacionaban con su mundo y entre sí. Aunque creo que el estructuralismo permite escapar a esta disyuntiva (Hernando 1999a; cfr. Criado 1991, 1993 a, b, 1995 o Criado y Villoch 1998 para su aplicación a la Prehistoria), y que, por tanto, debería insistirse en esa alternativa teórica en el futuro, hay que reconocer que el positivismo ha permitido ordenar cronológicamente los restos materiales del pasado y establecer secuencias que poder interpretar. Ahora bien, el problema es que estas secuencias están marcadas por criterios elegidos desde el presente y que, por tanto, pueden estar falseando de nuevo las transformaciones más importantes o los procesos y los ritmos de cambio cultural de la gente del pasado.

Como han puesto de manifiesto diversos autores (Elias 1993; Young 1988), el tiempo es una estrategia psicológica que nos permite observar una realidad que sólo puede observarse directamente en el presente. Por eso no es exacto decir que hay tres tiempos: pasado, presente y futuro, sino sólo un presente de acontecimientos pasados, un presente de acontecimientos

presentes y un presente de acontecimientos futuros. El primero es la memoria, el segundo la percepción directa y el tercero, la expectación (Young 1988: 9). A medida que la sociedad basa su identidad en el cambio y el tiempo, el eje de acontecimientos recordados/previstos va prolongándose correlativamente, de forma que se alcanza un momento en que ya no basta la memoria derivada de la experiencia personal de sus miembros, ni la memoria que queda de los sucesos registrados por otros, sino que es necesario saber lo que pasó más allá de lo que nadie recuerda, lo que sucedió cuando la oralidad constituía el único instrumento de transmisión y comunicación. Así que inventamos una disciplina, la Prehistoria, que intenta reconstruir nuestra memoria, para que tengamos la sensación de que nuestro presente está lleno de acontecimientos pasados, lo que quiere decir que puede llenarse también de acontecimientos futuros, de esperanzas de supervivencia, de expectativas de seguridad.

Recuérdese que en nuestro estado de cultura, el tiempo y el cambio son los ejes a través de los cuales comprendemos la vida y el presente; resultará entonces evidente que la Prehistoria juega un importantísimo papel en la definición de la identidad moderna, pues se dedica a reconstruir el modo como eran los “otros” del pasado y los cambios que han permitido establecer la distancia identitaria que ahora nos caracteriza a nosotros. En realidad, no nos interesan los grupos que poblaron la Prehistoria por ellos mismos, sino sólo en tanto nos ayudan a definirnos a “nosotros”, a saber quiénes somos, de dónde venimos y a convencernos de que somos, realmente, un grupo que conseguirá sobrevivir, porque somos privilegiados respecto a aquellos que tuvieron “menos conocimientos”, menos control de sus circunstancias, más injusticias en sus sociedades, más pobreza en sus viviendas, más enfermedades en sus vidas. Teníamos que definirlos, que establecer esa transformación gradual que habría de conducir hasta nosotros; así que elegimos como criterio de clasificación de las culturas esos elementos que para nosotros, en el momento de creación de la disciplina, eran significativos; en concreto, aquellos que marcaban el cambio material, una de las claves de nuestro mayor control del mundo, y por tanto, de nuestra pretendida superioridad sobre otros grupos. Establecimos un criterio tecno-tipológico que colocaba a las culturas en una escala de progresión gradual y que de partida, por tanto, excluía que pudieran ser comparables entre sí y con nosotros en términos de igualdad. Pero lo que es más grave, a mi juicio, es que semejante criterio excluía la posibilidad de concebir a esas culturas como totalidades tan complejas como la nuestra, como expresiones acabadas en sí mismas, coherentes y operativas en su interrelación con el conjunto de los fenómenos de la realidad. Se partía de criterios etnocéntricos que servían para reafirmarnos como el único gru-

po que había logrado alcanzar aquello que atribuíamos como deseo en todos los demás: un máximo control material de sus circunstancias de vida. Así que, tras establecer unos ejes básicos de ordenación cronotipológica de parte de sus restos, nos dedicamos a “amueblar” cada una de las escenas del pasado, y después a intentar descubrir los diálogos que les daban vida, las relaciones que daban cuerpo al “libreto”, en la convicción de que se trataba de una obra de representación que acababa en el presente, que estaba en función del desenlace final que nosotros protagonizábamos. En este sentido, los criterios tecno-tipológicos de clasificación del pasado son metodológica y ontológicamente determinantes de la reconstrucción que podemos hacer de las sociedades del pasado, porque establecen un criterio de comparación y crecimiento gradual, completamente “ilustrado”, que impiden conceder autonomía y reconocimiento de la madurez alcanzada por esos grupos.

De esa forma, la Prehistoria fue formando parte del conjunto de nuevas especialidades del saber que iban a dar fundamento y permitir el desarrollo de la modernidad (Foucault 1990); de todo ese conjunto de nuevos modelos de representación del mundo que jugaba con el tiempo y el cambio, y les daba contenidos que irían multiplicándose en fases y subfases, que tanto ayudaron al nuevo sujeto de la modernidad a tener confianza en que el cambio no era una amenaza, sino la condición del privilegio, el instrumento de la construcción del “nosotros”.

Y así, como parte de un mismo fenómeno comenzaron a surgir Lyell y sus *Principios de Geología* (1830-33) que, al aumentar la edad de la Tierra, constituyeron la condición de posibilidad de los fenómenos de transformación de larga duración que Darwin describiera en su *Sobre el origen de las especies* (1959). Spencer en filosofía, Marx en sociología, Freud en psicología, Lubbock en Prehistoria. El mundo había dejado ya de ser el espacio donde se concretaba el mito, la prueba de la existencia, extrema sabiduría y bondad de un creador divino. El mundo se había hecho a sí mismo, y dentro de él, el ser humano comenzaba a desvelar las claves de una dinámica que, por primera vez, dejaba de ser sagrada y colocaba a quien era capaz de descifrarla en esa posición de privilegio que antes concedía el “creador” a sus elegidos.

Una vez establecido el esquema temporal, intentamos averiguar las formas más visibles de su organización, presuponiéndole una lógica que, en la mayor parte de los casos, es la nuestra, pero asumiendo que era la suya porque la escena que recreábamos se adaptaba suficientemente bien a los materiales que la sostenían. Yo creo que la Prehistoria adolece de este gran problema general: no concedemos rango de igualdad a los “otros” del pasado, porque en realidad lo único importante somos “nosotros” y la construcción de un

presente que debe llenarse de acontecimientos pasados para poder ser percibido. Por eso, la propia estrategia de investigación que utilizamos nos impide dirigir la reflexión hacia campos que nos ayudarían a comprender la sofisticación y complejidad que cada cultura que ha conseguido existir y dejar rastros, representa.

A mi juicio, semejante conclusión queda especialmente de manifiesto al hablar del Calcolítico en la Península Ibérica, porque su falta de consistencia ha estado siempre presente en la historia de la investigación. Por ello, lo tomaré como ejemplo del modo en que hemos construido la Prehistoria. Debo avisar, sin embargo, que no he realizado una recogida sistemática y completa de la información, puesto que los aspectos de la “historia interna” de ese periodo y los datos concretos de las propuestas de los diversos autores que se ocuparon de la zona más trabajada, el Sureste, están detallados en las publicaciones derivadas de mi propia tesis doctoral (Hernando 1987, 1987-88, 1988) y de otros autores (Martínez Navarrete 1989, por ej.), y en el resto de las zonas los planteamientos teóricos fueron exactamente los mismos. En este caso, me limitaré a utilizar los ejemplos más destacados de esa investigación para los efectos que me interesan: comprobar cómo la Historia de la Prehistoria está directamente imbricada con las preocupaciones y necesidades del presente, y cómo la aparición de cada uno de los paradigmas teóricos que se han venido utilizando es resultado de la transformación de dichas preocupaciones y demandas sociales y no de una modificación del conocimiento que tenemos sobre los “otros” de nuestro más remoto pasado.

2. LA ARQUEOLOGÍA CENTRADA EN LOS OBJETOS. PLANTEAMIENTOS POSITIVISTAS HISTORICISTAS

2.1. Los primeros momentos.

El Calcolítico aún no era necesario

Como ha quedado señalado, la Prehistoria formaba parte de todo un nuevo modo de entender la realidad, basado en el tiempo, el cambio y la “razón”. Así pues, su primera función social fue la de ofrecer a la sociedad una “prueba” científica de que el cambio, que ahora regía el nuevo orden social, constituía la clave de nuestra existencia, que era consustancial a una humanidad dinámica e inteligente como la que el mundo occidental representaba. De ahí que la primera síntesis sobre Prehistoria publicada por Lubbock en 1865 tuviera como base teórica la aplicación de los principios evolucionistas y de selección natural que Darwin había formulado para explicar la aparición de las especies biológicas; y que Lubbock necesitara probar empíricamente su fórmula a través de la demostración

de que las sociedades habían pasado por etapas de complejidad socio-económica creciente, hasta llegar a la actual; es decir, a través de la demostración de la existencia de cambios tecnológicos de progresiva complejidad en la Prehistoria. Para cumplir este objetivo, necesitaba poner el énfasis en la recuperación y ordenación de los objetos materiales, que de esta manera, pasaron a acaparar todo el interés de los arqueólogos.

Téngase en cuenta, además, que en este momento Europa comenzaba a definirse por el individualismo como modo de identidad generalizado, lo que implica que los miembros del grupo social empezaban a ser conscientes de que tenían deseos que los diferenciaban de los demás, y que era precisamente la posibilidad de satisfacción de esos deseos lo que concretaba las diferencias, y por tanto, una de las bases de su identidad. La sociedad comenzaba a estimular así unos hábitos de consumo que no existen en sociedades donde la identidad está menos individualizada, y que son el correlato necesario de unas formas económicas definidas por el mercantilismo capitalista que entonces iba consolidándose. Todo ello participaba en el creciente interés que se iba desatando por los objetos, a los que comenzaba a analizarse para poder transformar, a clasificarse para poder manipular, a descomponerse en atributos para poder aumentar la variación y el atractivo. Por su parte, en el ámbito político, la creciente producción industrial de cada país se fue traduciendo en una competencia cada vez mayor, que fue conduciendo a cerrar los ámbitos de mercado y a desarrollar mecanismos que estimularan el consumo de los productos propios, y no de los ajenos. Los nacionalismos contribuyeron sin duda a este fin económico, por lo que los objetos que identificaban a cada nación fueron sublimándose como símbolos de una identidad política que se confundía con la personal.

Por todo ello, los objetos materiales estaban revestidos de un significado nuevo y profundo, esencial para la construcción del orden moderno. De ahí que los investigadores del pasado centraran en ellos toda la atención: ellos demostrarían el cambio sufrido y, a través de sus variaciones, permitirían rastrear la historia y la antigüedad de nuestros orígenes. Daba igual que el modelo teórico utilizado fuera el rígido y biologicista evolucionismo inicial de Lubbock o el historicismo particularista a que condujeron los excesos cometidos por el primero y que acompañaba al nacionalismo político (Hernando 1992); en cualquiera de estos dos modelos, los objetos eran la clave de la argumentación y su ordenación constituía, en sí misma, el propio discurso histórico.

Como bien sabemos, nuestra disciplina conjuga un origen bipolar: por un lado, es resultado de la acumulación de piezas arqueológicas que la tradición de anticuarios había venido generando en Europa desde al menos el siglo XV, para adorno y sofisticación es-

tética de los jardines y salones de papas y príncipes (Trigger 1992: 44). En este sentido, heredamos una tradición puramente esteticista, diletante, sin compromiso ni preocupación social más allá de la que supone utilizar objetos para simbolizar un gusto elitista que establece una distinción social. Así se entendía y se entenderá durante mucho tiempo aún la práctica de la Arqueología. De hecho, las ruinas arqueológicas constituirán durante el Romanticismo un socorrido marco de ambientación literaria o pictórica, donde poder dar rienda suelta a las torturadas y desbocadas emociones de las que el desarrollo de la individualidad obligaba a tomar conciencia.

Por eso, cuando el nuevo saber moderno, burgués en esencia, organizado en el tiempo y construido a través de los cambios, quedó institucionalizado en España en 1857, a través de la Ley de Instrucción Pública, conocida también como Ley Moyano, la Arqueología pasó a formar parte de la enseñanza oficial. Ahora bien, mantenía aún esta falta de implicación teórica, sin representar ningún compromiso intelectual o social: junto con algunas nociones de Epigrafía y Paleografía, servía para cultivar el espíritu de los Maestros de Obras; y junto a la Historia del Arte, Epigrafía y Numismática servía para aumentar el brillo social y la capacidad erudita de quienes prefirieran dedicar sus vidas a la carrera Diplomática (Orihuela 1997: 48). De hecho, cuando esta carrera fue suprimida y transformada en la Facultad de Filosofía y Letras en 1900 (*Ibidem*), la Arqueología pasará a formar parte de sus enseñanzas sin transformar en absoluto las implicaciones elitistas y burguesas con las que había nacido. Ni siquiera la creación de la disciplina de Historia de las Bellas Artes, especializada en el aspecto estético de los monumentos y obras de Arte, que tuvo lugar en 1884 (Román 1996: 21), provocó una modificación de la orientación de la Arqueología para diferenciarse de aquella, incidiendo más en las implicaciones históricas o culturales de lo que lo hacía la Historia de las Bellas Artes. Basta recordar la importante obra de D. Manuel de Góngora, *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, fechada en 1868, para hacernos una idea del carácter descriptivo, estético y elitista que tenía entonces la Arqueología. Y es, precisamente, en esa obra donde aparecen citados los primeros restos de lo que mucho más tarde sería considerado el periodo Calcolítico, como la necrópolis dolménica de Dílar (Granada) (Román 1996: 50).

Ahora bien, mientras tanto, comenzaba a tomar fuerza en España esa disciplina que, en sus múltiples ramificaciones, habría de concretar el cambio que la modernidad representaba en su interpretación del mundo y que tanta resistencia habría de encontrar en países de tan acendrado catolicismo como el nuestro. Me refiero a las Ciencias Naturales. Geólogos y paleontólogos habían empezado a poner en evidencia la gran

antigüedad del mundo, como vimos párrafos atrás, lo que obviamente, desmontaba el mito de la Creación tan firmemente asentado por la tradición bíblica. Desmontar esa versión de las cosas y crear una sostenida sobre parámetros diametralmente opuestos no fue tarea fácil, como se podrá imaginar, por lo que fueron las piedras primero y los animales después, quienes se sometieron a unas interpretaciones que hubieron de estar muy demostradas antes de poder aplicarse a los humanos. Así que hay que rastrear aquí el otro polo de origen de nuestra disciplina: la Prehistoria era la disciplina que permitía incluir a los humanos dentro de esta nueva visión del orden natural, en la que nosotros asumíamos el control sobre el destino de un mundo que, hasta entonces, era regido por Dios. Por eso, la Prehistoria, como construcción teórica, fue objeto de estudio inicial de los naturalistas, quienes a través de un paradigma puramente evolucionista, conseguían rematar con ello la fundamentación necesaria a la modernidad.

De hecho, durante los años de la Restauración, en el último cuarto del siglo XIX, España comienza a ser testigo de los “avances” de la industrialización y el desarrollo de las comunicaciones. La inversión en el trazado del ferrocarril y en las extracciones mineras, movilizó el contacto que existía entre nuestros naturalistas y los del resto del mundo europeo, a la vez que comenzó a permitir engrosar las colecciones “arqueológicas” que ya existían. Y eso explica que comenzaran a llegar a España las noticias y los planteamientos de esa nueva corriente de pensamiento, difundida a través de las revistas de Geología o de Paleontología, de ingenieros de minas como Casiano del Prado o de geólogos como Juan Vilanova y Piera, valedor este último de la autenticidad del descubrimiento de pinturas en la cueva de Altamira por D. Marcelino Sanz de Sautuola frente a todas las opiniones contrarias, y autor de una de las primeras obras de Prehistoria española, *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, fechada en 1872. Eso explica, también, que ingenieros de minas, como los hermanos Henri y Louis Siret marcaran el comienzo de la investigación empírica en nuestro país, carente en ese momento de toda fundamentación teórica.

Porque, aunque es verdad que Lubbock había construido una periodización general, su esquema sólo resultaba útil en parte a los hermanos Siret, por varias razones: por un lado, porque el biologicismo implícito en la propuesta evolucionista de Lubbock, y en cualquiera de las iniciales interpretaciones de la Prehistoria, empezó a ponerse en duda en el momento en que el desarrollo de la industrialización y el capitalismo empezaron a frustrar las esperanzas de progreso “moral” entre los protagonistas de semejantes cambios. Además, el desarrollo de los nacionalismos fue haciendo que se cerraran las fronteras al libre intercambio

de productos y que se pusiera el énfasis en las particularidades de cada grupo nacional, para reforzar identidades que comenzaban a constituirse en competidoras económicas. De esta forma, el rígido y biologicista evolucionismo unilineal con que empezó la Prehistoria, fue cediendo paso a un particularismo histórico (Trigger 1992: 144-6) igualmente centrado en los objetos, aunque por distintas razones.

Así que cuando los hermanos Siret comenzaron su trabajo en la esquina Sureste de nuestro suelo, utilizaron el esquema tecno-tipológico de Lubbock, pero aumentaron el número de fases y de periodos en aras de una más precisa clasificación de lo que en ese lugar concreto se iban encontrando. Como vamos a ver, el estudio del Calcolítico da comienzo con ellos, aunque de un modo tan confuso que no consigue consolidarse como una etapa importante de nuestro pasado. De hecho, los Siret nunca consideraron que la aparición del metal fuera significativa y siempre lo consideraron un rasgo “accesorio” de las culturas del final del Neolítico (Mederos 1996: 385), por lo que simultanearon la denominación de Neolítico Final y Calcolítico indistintamente en sus periodizaciones. Por otro lado, debe tenerse en cuenta que en el momento de realizar sus trabajos, los Siret no contaban con cronologías absolutas, por lo que se veían obligados a acudir a métodos comparativos con materiales del Mediterráneo Oriental: concretamente, a los de Schliemann en Hissarlik y Micenas, sir Arthur Evans en Cnossos (Creta) y Flinders Petrie en Egipto (Román 1996: 52). El carácter cultivado y erudito de su familia había convertido además a Schliemann en un personaje admirado y respetado por un muy joven Louis Siret, quien pretendía completar en Occidente los hallazgos que ese hacía en Oriente, justificándose en el relato de Homero de la partida hacia Occidente de Ulises (Mederos 1996: 381). Teniendo todo esto en cuenta, podemos ahora dirigirnos a la primera periodización del Calcolítico en la Península Ibérica.

2.2. Aparece el Calcolítico. Los hermanos Siret

Nacidos en Bélgica e hijos de un matrimonio muy vinculado familiar y profesionalmente al mundo de la pintura y de las Bellas Artes (*Ibidem*: 380), los hermanos Henri y Louis Siret decidieron optar, sin embargo, por la profesión de ingenieros de minas, y además, por practicarla fuera de su país. El primero que llegaría al Sureste sería el mayor, Henri, quien desde 1878 comenzó a compaginar sus responsabilidades profesionales con el placer de estudiar y coleccionar las antigüedades que sus operarios iban sacando de la tierra a medida que la perforaban. Así que, cuando en 1880, Louis se incorpora a la empresa, y se hace cargo de las obras de conducción de agua en Cuevas de Almanzora, llega precedido de un amplio

conocimiento de esos hallazgos, que su hermano se ha ocupado de transmitirle puntualmente. Cuando en 1886 Henri es destinado a una explotación que el rey Leopoldo II de Bélgica tenía entonces en el Congo, Louis mantiene el interés por la Arqueología que había compartido esos años con su hermano y aumenta considerablemente el volumen de los hallazgos y de los estudios hasta el fin de sus días.

El trabajo de los hermanos Siret sigue siendo de obligada referencia hoy en día para cualquiera que se interese por el Neolítico o el Calcolítico del Sureste español, ya que sus trabajos presentaron siempre una rigurosa calidad, a pesar del desajuste obligado de todo tipo de contextos –cronológicos, teóricos, metodológicos,...– en el que quepa incluir sus estudios.

Inicialmente, los Siret (1890) reconocieron “tres civilizaciones distintas” sucesivas, Edad Neolítica, Edad de Transición y Edad del Metal, pero en su primer artículo dedicado íntegramente al Neolítico, Louis Siret (1892) eliminó el periodo de transición y lo integró dentro del periodo Neolítico, que ahora divide en tres fases: Neolítico Antiguo, Medio y Reciente, incluyendo en esta última los actuales yacimientos calcolíticos, con presencia ya de metalurgia. De hecho, el yacimiento de Los Millares tiene aquí sus primeras referencias (Mederos 1996: 384), asumiendo desde entonces su carácter emblemático dentro de la zona del Sureste peninsular. Debido a las confusiones cronológicas y a la necesidad de establecer relaciones con el Mediterráneo Oriental para encontrar referencias, la interpretación de las fases de los Siret estará siempre llena de “colonizadores” orientales, vehículos de transmisión de las sucesivas mejoras tecnológicas manifestadas en nuestras culturas. Y así, el Neolítico Reciente será interpretado como el resultado de la llegada a nuestras costas de colonizadores “fenicios”, que habrían traído el cobre, el comercio y el auge de la religiosidad (Román 1996: 53). Posteriormente, en *L'Espagne Préhistorique* de 1893, incluye la irrigación, el tejido, el culto a los muertos o la utilización de huevos de avestruz entre los elementos que pueden explicarse como resultado de la llegada de influencias extranjeras, enlazando así Troya y Micenas con El Gárcel y Los Millares (Mederos 1996: 385). Sin embargo, tanto en ésta como en futuras obras, Siret reconocía que no existían evidencias directas de transporte de material ni de contactos inmediatos y directos (Chapman 1991; Román 1996: 55).

A partir de 1906, Siret introduce una modificación en su argumento, consistente en identificar la Península Ibérica con la Turdetania, siguiendo ideas de Gómez Moreno, y por tanto, en hacer depender todo nuestro Neolítico de la llegada de los fenicios. Con ello se oponía a Sir Arthur Evans, quien excavaba en Cnossos y pensaba que nuestro neolítico tenía un origen independiente y anterior al del Egeo, y que se po-

día fechar en el III milenio a.C. Y aunque L. Siret no cree en semejante independencia, sí toma la fecha sugerida por Evans, con lo que ofrece la primera datación –completamente especulativa– para el desarrollo de esa fase cultural en nuestro suelo (Mederos 1996: 387). En *Orientaux et Occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques* (1906-1907) delimitó una nueva etapa entre el Neolítico Medio y el Reciente, representada por los grupos de sepulturas de Cantoria y Purchena, que actualmente se consideran calcolíticas (*Ibidem*: 388), y explicaba el hallazgo de galena argentífera en Almizaraque, yacimiento que representa, junto a Los Millares, el Neolítico Reciente, por la llegada de fenicios en busca de plata y plomo entre el 1550 y el 1200 a.C. (*Ibidem*: 389 y 391). Una consecuencia accidental habría sido la metalurgia del cobre, único metal utilizado para fabricar objetos en esos poblados (*Ibidem*).

Esta necesidad de vincular la aparición de las innovaciones materiales con la llegada de población colonizadora valdrá a Siret la oposición de investigadores de tanto peso como J. Dechelette o P. Bosch Gimpera, por lo que en lo que A. Mederos (1996: 394) definió como su “última etapa”, comenzó a reforzar su postura con crecientes colaboraciones con J. Cuadrado Ruiz, director a la sazón del Museo de Almería y participante en las excavaciones de Almizaraque; F. de Motos, farmacéutico de Vélez-Blanco (Almería) y autor de *La Edad Neolítica de Vélez Blanco* (1918) y G. Gossé, quien en su memoria sobre El Gárcel (Antas, Almería), publicada en 1941, pretendió haber confirmado la llegada de colonos del Próximo Oriente y su convivencia con los indígenas peninsulares (Román 1996: 52). Pero los planteamientos adversos se multiplicaban, lo que no resulta extraño a la vista de la propia evolución académica de la disciplina en esos años.

El origen bipolar y multigenético de nuestra disciplina se vio sostenido y reforzado por el desarrollo de su reproducción institucional. En 1907, se había creado la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que entre 1911 y 1912 (o 1913, según distintas versiones) habría de desgajarse en dos nuevas instituciones, la primera claramente orientada hacia las Ciencias Naturales, y la segunda hacia la Arqueología Clásica: se trata de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (CIPP), dependiente del Museo Nacional de Ciencias Naturales, y de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (JSEA) (Orihuela 1997: 53; Martínez Navarrete 1997-1998: 323; Ruiz-Zapatero 1993: 47). Por un lado, la Junta para la Ampliación de Estudios mandaba a sus becarios –entre los que se encontraban Martín Almagro Basch, Telesforo de Aranzadi, Pedro Bosch Gimpera, Juan Cabré, Alberto del Castillo, Antonio García Bellido, Hugo Obermaier y Luis Pericot (Díaz-Andreu 1995; Martínez Navarrete 1997-1998:

323) a realizar estudios en Alemania, por lo que empezaron a llegar a España las influencias teóricas de la Escuela Histórico-Cultural que allí constituía el paradigma dominante. Por otro lado, las primeras cátedras de “Historia Primitiva del Hombre” recaerán en Bosch Gimpera (la de Barcelona, en 1917) y Obermaier (la de Madrid, en 1922), vinculados a la CIPP, pero al mismo tiempo influidos fuertemente por la Escuela Histórico-Cultural y además, el segundo, valuar-te católico de vigilancia de los excesos evolucionistas a los que las Ciencias Naturales pudieran llegar. De esta forma, aún cuando la Prehistoria siguiera vinculada de algún modo a las Ciencias Naturales, su contexto de desarrollo llevaba a un sincretismo nada comprometido que le hacía perder el carácter socialmente renovador y mantener ese diletantismo que seguía definiendo a la Arqueología Clásica, incluida en la carrera de Filosofía y Letras desde su creación en 1900. En consecuencia, en momentos correspondientes a la Primera Guerra Mundial, los materiales prehistóricos comenzaron a salir de los Museos de Ciencias Naturales para ocupar los de Arqueología o Historia del Arte, lo que en España sucedió coincidiendo con las primeras cátedras de Madrid y Barcelona.

2.3. Bosch Gimpera y el armazón discursivo de la Prehistoria española

Ya que Obermaier se especializó más en estudios del Paleolítico, Bosch Gimpera merece el crédito de haber elaborado la primera visión de conjunto del pasado peninsular. Su formación en Filología Clásica y Derecho le permitieron desarrollar una visión de conjunto que aplicaría después a problemas históricos particulares, cuando completando su formación en Alemania, gracias a la Beca de la Junta de Ampliación de Estudios, tomó clases prácticas de Arqueología Prehistórica con Hubert Schmidt (Mederos 1999: 12-13), principal representante de la Escuela Histórico-Cultural. Schmidt conocía a fondo la obra de los hermanos Siret y le preocupaban especialmente algunas cuestiones que van a tener mucho que ver con el Calcolítico, como el papel que el megalitismo había jugado en nuestro suelo, el del vaso campaniforme en Europa o el origen de la cultura argárica (*Ibidem*: 13-14). De hecho, entre 1913 y 1915 había editado unos *Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España* como volumen 8 de las Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (*Ibidem*: 14), basándose en los datos de las excavaciones de los Siret, lo que demuestra su interés y conocimiento en la fase que nos ocupa.

Como sabemos, la Escuela Histórico-Cultural alemana, llamada también de los “círculos culturales”, representaba una sistematización particularista extrema de las culturas. Sus presupuestos básicos partían de la

convicción de que cada cultura era resultado de una secuencia única de desarrollo, por lo que las semejanzas entre ellas tenían que obedecer a la “difusión” de sus rasgos. La Prehistoria debía dedicarse, por tanto, a establecer el centro y área de expansión de cada grupo cultural, siguiendo los presupuestos teóricos de lo que Ratzel había llamado, a finales del siglo anterior, la “Antropogeografía”, dedicada a buscar diferencias regionales con base en la cultura material y mental (Trigger 1992: 147; Orihuela 1997: 16).

La Prehistoria tenía ante sí un cometido claro: establecer, a través de la *tipología* y la *cronología*, el origen y las rutas de expansión de cada “área cultural”: dónde había surgido un tipo nuevo de cerámica y cómo se había desplazado en el espacio –lo que se podía saber a través de su ordenación cronológica– nos diría, por ejemplo, de dónde procedía el grupo humano que la fabricaba. Recuérdese, sin ir más lejos, el esfuerzo que hizo Nils Aberg (1931: vi) por demostrar que “la cultura ibérica ha influido, aunque sea indirectamente, sobre el desarrollo” del Eneolítico “en Escandinavia, en Finlandia y en ciertas partes de Rusia”, a través de las similitudes de la decoración cerámica que se podía encontrar, además de en ambos extremos, en el sur de Francia, Bretaña, Inglaterra, Italia y Europa Central. Posteriormente se flexibilizará el concepto de “área cultural”, como tendremos oportunidad de ver, pero se mantendrá el mecanismo “difusionista” de explicación, que constituirá la base explicativa de casi todos los fenómenos que afecten al Calcolítico.

El principio filosófico que sostiene los planteamientos particularistas –tanto los de esta escuela como los de las menos rígidas posiciones difusionistas que luego veremos– es el “normativismo”, según el cual, la cultura es un conjunto de ideas o *normas* que un grupo humano comparte. Su transformación, por tanto, no obedece a leyes económicas o sociales, sino, en todo caso, a leyes psicológicas no susceptibles de estudio en los grupos prehistóricos. Los artefactos serán las *objetivaciones* o *materializaciones* de esas ideas normativas, por lo que de su análisis puede inferirse la base ideacional, esto es, la esencia de la cultura (Binford 1965: 203). La consecuencia es que no existe una jerarquización de rasgos –no son más importantes los económicos, o los sociales, por ejemplo–, puesto que, al no ser la cultura un fenómeno explicable por dinámicas causales, sino un conjunto de ideas cuyo *locus* es la mente de los individuos que comparten un momento histórico, todos los rasgos son igualmente representativos de una cultura dada. De ahí que el normativismo elija aquellos más llamativos o más abundantes, sin creer necesario ocuparse del resto, o que modifique el tipo de artefacto elegido como más representativo en cada fase arqueológica. Por eso vamos a comprobar cómo aunque es el cobre el elemento que da nombre al periodo, habrá algunos estudios

que se centren sólo en la cerámica campaniforme o en los ídolos del momento o en el desarrollo de las tumbas. No es necesario profundizar en los cambios socio-económicos, porque este modo de interpretar el pasado sigue partiendo de la prioridad dada al cambio tecnológico para establecer que el cambio formaba parte de nuestra naturaleza (animal y cultural). Así que la Prehistoria queda reducida en esta visión a una concatenación de sucesivas innovaciones culturales que, con el sólo hecho de estar ordenadas, ya *prueban* la respuesta principal que perseguíamos con nuestras preguntas. El problema es que poco a poco, ni esa pregunta seguía siendo necesaria, ni se mantenía el marco teórico evolucionista unilineal que le daba sentido. De esta forma, tanto los estudios de Bosch Gimpera como todos los que se desarrollaron hasta los renovadores años 70, irán construyendo corpus cada vez más detallados de objetos, cuya exposición mantenía un carácter básicamente erudito que no conseguía dar respuestas a las nuevas preguntas que la sociedad se iba planteando.

No puede entenderse la Prehistoria española sin la figura de Pedro Bosch Gimpera, el primer prehistoriador español de reconocido prestigio internacional. Téngase en cuenta que la mayor parte de la información que en Europa se tenía sobre nuestro país había sido elaborada por investigadores extranjeros, como Aberg, Breuil, Obermaier, Paris o Schulten, junto a otros que también lo eran, aunque residían aquí, como Bonsor, Siret, y más tarde, Obermaier (Mederos 1999: 17). Además Bosch Gimpera supo elaborar, por primera vez, una visión de conjunto de toda la prehistoria española, lo que le diferenciaba de la línea de los hermanos Siret, quienes, como hemos visto, realizaron secuencias muy concretas vinculadas al Sureste o del esquema tan generalista que no llegaba a construir un esquema, del propio Aberg. Con ello, Bosch inició lo que se ha llamado la “Escuela Clásica” o “Escuela de Barcelona”, en la que se incluyeron, como sus discípulos, investigadores de la categoría de Castillo, Maluquer, Martínez Santa Olalla o Serra Rafols (San Román 1996: 104).

El esquema de Bosch Gimpera era completamente especulativo y, sin embargo, constituyó la base sobre la que se había de levantar, durante casi toda la historia de nuestra disciplina, la construcción del edificio de nuestro pasado. De hecho, todavía hoy en día seguimos utilizando los nombres que él concedió a algunas “culturas”, debido al arraigo casi inamovible que adquirieron sus teorías. Y todo esto teniendo en cuenta que, al igual que Obermaier, se exilió tras la Guerra Civil española, aunque Bosch nunca dejaría de publicar desde su exilio mexicano. Dicho esquema estaba definido desde el curso 1919-20, según declaraciones de Pericot (1963: xxii; tomado de Mederos 1999: 20), prestando particular atención a las fases

neolítica y “eneolítica”, tal y como Bosch y sus coetáneos denominarían a la fase que nos ocupa. De hecho, entre 1915 y 1920, con la colaboración de Pericot, Castillo o Serra, actualiza *L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península Ibérica*, mientras cada uno de esos colaboradores van publicando por su cuenta trabajos sobre megalitismo (Pericot), cerámica campaniforme (Castillo) o el neolítico (Serra) (Mederos 1999: 20-21).

Puede así comprobarse que el “eneolítico” nunca mereció atención independiente en estas primeras etapas, sino que su estudio se vinculaba irremediablemente, tal y como había hecho antes Siret, a la investigación del neolítico que le precedía. Por otra parte, todavía no se utilizaba el término “Calcolítico” (del griego *khalkos* –cobre– y *lithos* –piedra–), de introducción mucho más reciente, sino que se hacía referencia a la última parte del Neolítico como “Eneolítico”, mezclando así el latín (*aeneus* –cobre–) y el griego (*lithos* –piedra–).

El esquema de Bosch Gimpera estaba determinado por su aprendizaje con H. Schmidt. No sólo en cuanto a la fundamentación teórica en la Escuela Histórico-Cultural, como hemos visto, sino también en los más concretos detalles de las conexiones y orígenes de cada uno de los círculos que distinguiría en nuestro suelo. Schmidt conocía perfectamente los registros arqueológicos del Mediterráneo Oriental, Occidental y de Centroeuropa: por un lado, había organizado la catalogación de los materiales excavados por Schliemann en Troya; por otro seguía la cronología de Meyer sobre Egipto como referencia básica a la que referir cualquier hallazgo; además, había excavado el poblado calcolítico de Cucuteni, en Rumanía, entre 1909-10, y por último, estaba tratando de excavar en España, de donde publicaría pocos años después monografías y tratados sobre nuestra Edad de los Metales (Mederos 1999: 21).

Schmidt prestó mucha atención al eneolítico, pues era entonces cuando podía conjugar todas las secuencias y sugerir los contactos que explicarían sus concomitancias. Su aportación básica fue, de hecho, la secuencia completa de todo el Mediterráneo durante el Calcolítico y el Bronce y la consideración de la cerámica campaniforme como el rasgo que definía al primero (*Ibidem*: 22). Por otro lado, consideraba que “la evolución cultural de la Península Ibérica durante las primeras fases de la Edad de los Metales debe ser tenida sin ninguna clase de reservas por algo independiente”, y que los contactos con el área oriental se habrían debido a nuestra riqueza en metales (Schmidt 1909/1915: 16-17, 20; en Mederos 1999: 22). Al seguir Bosch Gimpera estas ideas, dio la vuelta al argumento de Siret que se había basado en la teoría *ex oriente lux*, y en consecuencia, ha sido considerado por muchos como el primer evolucionista de nuestra

disciplina. Pero como vemos, nada más alejado de semejante realidad; nada más lejos del evolucionismo que el extremo particularismo histórico de los círculos culturales. La diferencia entre ambos sólo residía en el autoctonismo de Bosch Gimpera, en considerar que la Península Ibérica podía ser el foco de origen de algunas innovaciones, si bien los argumentos difusionistas quedaban tan incólumes como en el caso de los Siret. De hecho, Bosch utilizará la abundante información aportada por este último para dar cuerpo a su nueva periodización, reclasificando los yacimientos estudiados por aquél, redefiniendo su cronología y proponiendo su interpretación alternativa. Así que cuando Siret publica *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. De la fin du quaternaire a la fin du bronze* en 1913, Bosch hace una recensión crítica donde plantea por primera vez un modelo global que excede al Sureste (Mederos 1999: 24).

Bosch Gimpera propuso que la Prehistoria española podía explicarse en función del desarrollo de cuatro “círculos culturales”, a los que denominó Cultura de las Cuevas, Cultura de Almería, Cultura Pirenaica y Cultura Megalítica Portuguesa. En realidad, en la Península Ibérica habrían existido dos pueblos indígenas, aparte de los posibles restos de neandertaloides del Paleolítico Inferior, cuyos restos no podían seguirse, por el momento: por un lado, “el de la región cantábrica con el análogo de Cataluña”, y por otro, “el de la cultura capsense” (Bosch 1922: 115). El primero se irá transformando, poco a poco, y “con más o menos infiltraciones capsenses (...) en el que llamamos pirenaico del eneolítico” (*Ibidem*), mientras que el segundo tendría su origen antiguo en África e iría dando lugar a dos culturas distintas durante el Neolítico: la de los Megalitos Portugueses y la de Las Cuevas del resto de la Península (*Ibidem*: 116). A finales del Neolítico se observa, además, la llegada de un nuevo pueblo procedente del Norte de África hasta la costa almeriense, desde donde habrían de expandirse por todo el Sureste (*Ibidem*), y dando forma a lo que conocemos como Cultura de Almería. De esta forma, el sustrato étnico de la Península contaría con tres aportes distintos de población: los pueblos pirenaicos habrían protagonizado la Cultura Pirenaica, los capsenses africanos la de los Megalitos Portugueses y la de las Cuevas y los saharienses, también africanos, la de Almería. De esta forma, añadió un ingrediente poblacional, completamente especulativo, a una construcción que ya de por sí lo era en todos sus puntos. Baste decir que el término “capsense” y de “iberomauritano” que utilizará para referirse a las poblaciones venidas de África, fueron inventados en 1909 por Morgan y por Pallary respectivamente (Fernández Martínez 1996: 25). El primero consideró al capsense una industria del Paleolítico Superior en la que Capitan y Breuil quisieron ver el origen del Auriñaciense y, por

tanto, del Paleolítico Superior europeo a través de España. El segundo fue utilizado por Pallary para describir una industria que consideraba postglaciar y que creía relacionada con algunas mal definidas por Siret en el Sureste español (*Ibidem*: 24-25).

Debe recordarse quizás, que la Escuela Histórico-Cultural alemana no podía desprenderse de la identificación entre restos materiales de cultura y un grupo humano concreto y de ahí que al rastrear tipológica, cronológica y geográficamente la transformación de unos ciertos materiales, en realidad lo que se estuviera haciendo era seguir los rastros del nacimiento y expansión de un grupo cultural concreto. Por esta razón, la Alemania nazi apoyó firmemente los estudios de Arqueología, ya que, a través de ellos, Kossina pretendía demostrar la trayectoria y superioridad de la raza aria. Sin embargo, Bosch nunca quiso implicarse en tan rígidas asociaciones racistas, por lo que buscó una solución de compromiso de la que son muestra esos “sustratos étnicos” que acabamos de ver. A su juicio, la raza no podía aducirse como razón de que un rasgo adoptara una forma particular, aunque podía ayudar a explicar las semejanzas entre culturas. Es decir, podía tener valor probatorio de una difusión, aunque el hecho de probar una difusión no implicaba que hubiera una semejanza racial entre los difusores (Hernando 1987-1988: 42-43).

La Cultura de las Cuevas no sería pues, más que la manifestación del Neolítico circummediterráneo, que se hallaría arraigado en amplias zonas de nuestra península –Cataluña, Levante, Aragón, Meseta y Andalucía– (Bosch 1975: 191) en el V milenio y que se iría extendiendo hacia Portugal por la cuenca del Duero y Extremadura para dar lugar allí a una cultura de rasgos marcados y personalidad propia, la Cultura de los Megalitos Portugueses (Bosch 1922: 28). Dada la zona de expansión de la Cultura de las Cuevas, la denominó también Cultura Central, en la que distinguió a su vez, dos regiones distintas: la mitad Norte (Castilla la Vieja, Aragón y Cataluña) con cerámica en la que predomina el relieve y la mitad Sur (desde Extremadura a Andalucía), en donde predomina la incisión (*Ibidem*: 21). Y de “este último subcírculo de cultura sale en el pleno eneolítico la cerámica del vaso campaniforme” (*Ibidem*).

Pero el más tardío de los círculos, y el único que realmente puede definirse como “eneolítico” es el de la Cultura de Almería. Este círculo cultural sería resultado de “una verdadera infiltración de elementos de población africanos procedentes de la cultura sahariense entre los elementos indígenas de las cuevas” que, partiendo del sur de Túnez habrían cruzado desde la región de Orán hasta Almería (Bosch 1944: 70-71). Desde allí, y “a expensas de la cultura central”, se expandirían “por todo el Sureste y por la costa valenciana hasta penetrar en el Bajo Aragón, ocupar to-

do el Sur y parte del centro de Cataluña” (1922: 29). Atendiendo a criterios cronológicos, dividió esta cultura en cinco fases, la primera de las cuales sería neolítica y la última de la Edad del Bronce. Entre ambas, tendríamos tres etapas eneolíticas, caracterizadas de la siguiente manera:

1. La segunda etapa, primera de “eneolítico inicial”, tendría a su vez, dos fases sucesivas:

– Hacia el 3500-3000? a.C., de rasgos muy parecidos a los neolíticos de la etapa anterior, pero con las primeras manifestaciones del uso de metal. Los poblados más representativos serían El Gárcel, la Gerundia (Antas) y Cerro de las Canteras I (Vélez Blanco).

– Hacia el 3000-2700? a.C., en la que se habría producido un fortalecimiento de las relaciones mediterráneas y la expansión de la cultura almeriense por la zona circundante a Almería. Se iniciarían así intensas relaciones entre el Sur y Oeste de la Península, y con ello, el apogeo de las tres culturas meridionales: la Megalítica Portuguesa al Oeste, la campaniforme en el Centro (evolución de la de las Cuevas) y la de Almería (en su etapa de Los Millares, en la que también confluyen relaciones mediterráneas) al Este (*Idem* 1966: 39). Su poblado más representativo sería Palazuelos (Murcia).

2. Sitúa, en tercer lugar, una nueva etapa de transición, en este caso, con el Eneolítico Pleno. Se fecharía entre el 2700 y el 2500? a.C. y sería semejante a la posterior de Los Millares, aunque más pobre. El poblado más característico sería el de Campos (Almería), y constituye una etapa paralela a la del apogeo de la cultura portuguesa, con abundancia de cerámica campaniforme.

3. La cuarta sería la etapa del Eneolítico Pleno (2500-1800 a.C.), correspondiente al apogeo de la Cultura de Almería, y denominada también Cultura de Los Millares, por estar representada esencialmente por el yacimiento del mismo nombre y por Almizaraque (*Idem* 1969: 61). Es en este momento cuando se habrían establecido los más importantes contactos con Portugal y el Mediterráneo, expandiéndose la Cultura Megalítica Portuguesa hasta Extremadura y Salamanca, el Valle del Guadalquivir, Córdoba y Málaga (*Ibidem*: 60) y llegando desde allí hasta Almería “los sepulcros megalíticos, los ídolos placa, los ídolos falange con decoración oculada, etc. (1975: 242-243). A su vez, desde Almería se exportarían “vasos con decoración de soles” (*Idem* 1969: 64), por lo que puede decirse que, en este momento, se habría producido un claro “movimiento de pueblos” (*Idem* 1922: 33) en el mapa de los círculos culturales españoles.

Como puede observarse, el esfuerzo que hizo Bosch Gimpera por sintetizar la escasa y dispersa información que existía sobre nuestro pasado fue ingente. Sin embargo, el resultado no podía resultar fundado empíricamente, pues era precisamente la escasez de

los datos lo que le había llevado a levantar semejante construcción. Sin embargo, el prestigio con que Bosch contó desde el principio de su carrera hasta su muerte en el exilio sirvió para dificultar la puesta en cuestión de un modelo tan meritorio como artificioso, lo que hace que resulte difícil llegar a concluir si todo su esfuerzo ayudó o perjudicó a la arqueología española.

El hecho es que cuando nos acercamos a los años 40, con Bosch Gimpera exiliado, Obermaier en Alemania y nuestro país en pleno colapso de posguerra, el único esquema que se sostenía y no resultaba amenazante, sino todo lo contrario por cuanto decía a favor de la grandeza e importancia de la Península en nuestro más remoto pasado, era el de Bosch. Debe recordarse, además, que casi todos los investigadores que protagonizaron esta nueva etapa se habían educado en Alemania, por lo que compartían los presupuestos teóricos en los que se basaba. Quizá pueda explicarse así la fuerza y el peso de unos argumentos que, con un apoyo empírico prácticamente nulo, defendió Bosch Gimpera desde 1920 hasta los años 70, cuando se dieron cita dos circunstancias determinantes: por un lado, su muerte y por otra, la apertura española hacia el exterior y la llegada a nuestro suelo de las nuevas corrientes anglosajonas.

El esquema tecno-tipológico de clasificación de la Prehistoria y de definición del Calcolítico siguió levantándose así sobre bases muy frágiles y nada cuestionadas. El mismo Bosch reconocía que sólo había utilizado los materiales de los Siret para definir la Cultura de Almería (Bosch 1969: 49 y 52-3) y que los hallazgos de la Cultura de las Cuevas procedían de “excavaciones poco metódicas, sin estratigrafías conocidas y sin puntos de apoyo seguros para atribuirles una cronología” (*Idem* 1961: 46). Además, reconoció en ocasiones diversas que los únicos criterios de clasificación que había utilizado eran los tipológicos, pero con muy escasa referencia material. Pero, en cualquier caso, había proporcionado a la Prehistoria española una base de la que partir, una imagen de conjunto que permitía construir el espejismo de que ya se conocía la estructura general sobre la que sólo faltaba concretar los detalles. Espero que resulte obvio el carácter completamente especulativo de la construcción sobre la que se ha levantado la periodización tecno-tipológica tradicional y su caracterización como paradigma “moderno” historicista. Es decir, todo el origen de nuestra disciplina (como en todo el mundo occidental de acuerdo a la propia categorización del conocimiento en la modernidad) contaba con el carácter “cierto”, “verdadero” de lo que reconstruía, sin cuestionarse, en modo alguno, la posibilidad de sesgos subjetivos del conocimiento. De esta forma, iba creándose la sensación de que el conocimiento sobre el pasado aumentaba, cuando lo único que se iba haciendo era levantar un edificio artificial donde encajar los escasos datos de que se disponía.

2.4. De la Guerra Civil a los años 70

Los primeros años de la posguerra resultan tan confusos y poco fructíferos en términos de Calcolítico, como en cualquier otro término en que se pueda valorar el momento. Creo que pueden reseñarse, básicamente, dos factores:

- 1) En términos teóricos se mantiene el esquema de Bosch, quien sigue publicando desde su exilio. Paradójicamente, además, es utilizado en la posguerra para fines políticos del gobierno por el cual él se exilió.
- 2) La aportación gráfica de los conjuntos megalíticos del Sur y Oeste peninsular, a cargo del matrimonio Leisner.

1) En efecto, el esquema de los “círculos culturales” serviría de almacén a la Prehistoria española durante todo el periodo del régimen franquista, prácticamente. En 1934, Pericot, uno de los integrantes de la “Escuela Clásica” o “de Barcelona”, había introducido sólo una variación en el esquema inicial, que consistía en mantener la división entre una parte septentrional y otra meridional en el Círculo de la Cultura de las Cuevas, que ya había hecho Bosch, pero identificando la segunda con el “círculo de la cerámica eneolítica con decoración cardial y pintada” (Martí 1985: 57). Es decir, puso por primera vez de relieve una cerámica que luego será considerada “fósil-guía” de las primeras fases del neolítico, pero fechándola en el eneolítico, en prueba de la escasa fundamentación metodológica con que se contaba en aquellas fechas.

Ello no impedía, sin embargo, que la Prehistoria fuera utilizada para legitimar ese presente que tanta legitimación necesitaba tras una guerra civil. Así que durante los años 40 y 50 el esquema de Bosch empezó a utilizarse para argumentar que los círculos culturales habían sido los gérmenes del nacimiento de la gloria de la nación. Eran los años de los estudios sobre celtismo o la expansión del vaso campaniforme por toda Europa, a través de los cuales se formulaban ideas imperialistas de un pasado esplendor. De hecho, por ejemplo, Julio Martínez Santa Olalla, que como veremos, será comisario general de excavaciones y, por tanto, enemigo político de Bosch Gimpera, utilizó el concepto de Bosch de Cultura de Almería para considerarla la primera fase de esplendor y “grandeza española”, ya que se habría conseguido expandir a todo el Levante y en fechas posteriores, a la Meseta y el Valle del Ebro, desde donde alcanzaría el Valle del Manzanares a través del Jalón y el Alto Duero (Román 1996: 95). Obsérvese hasta qué punto se mezclaba entonces la política con la cultura, que el órgano encargado de establecer las pautas y el control sobre las actividades arqueológicas era la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, dirigida por Martínez Santa-Olalla desde 1940 hasta que en el año 1961 sus

competencias fueron asumidas por una mucho más neutral Dirección General de Bellas Artes (Orihuela 1997: 57).

El esquema de Bosch permitía, además, escapar de toda reflexión sobre los cambios culturales. De hecho, cada vez que aparecía una innovación en el registro arqueológico, se suponía la llegada de las influencias de un nuevo círculo cultural cuyo origen era foráneo, de forma tal que en todo caso, correspondería a los arqueólogos del país donde se situaba el origen de la innovación explicarla, pero nunca a los españoles, lo que facilitaba bastante la vida de éstos, como se podrá comprender. Ellos se podían dedicar a describir materiales y a ordenarlos cronológica y geográficamente, porque el origen de los círculos siempre quedaba, de momento, en el Norte de África, donde España tenía intereses coloniales que explican que intentaran vincularla a su pasado histórico.

Pero, de hecho, la posición política de Bosch no fue completamente irrelevante en la cuestión de la aceptación de sus teorías entre el resto de los investigadores afiliados al nuevo régimen franquista. De hecho, San Valero comenzó a rebatir algunos de los puntos de su esquema en los años 40. En particular, defendió que la unidad cultural de la Península no se conseguirá hasta un momento megalítico (López 1988: 62) y descartó la posibilidad de un desarrollo cultural autóctono desde el Mesolítico, introduciendo la convicción de que el Neolítico fue traído desde el exterior por gentes portadoras de una nueva cultura, dinámica y progresista. Tan especulativa era esta nueva construcción como la anterior de Bosch Gimpera, añadiéndose a ello el problema de tener que localizar el foco de origen. En 1946, San Valero decidió situarlo en el Próximo Oriente, en los valles de Mesopotamia y el Nilo, donde habían surgido las grandes civilizaciones clásicas. Con ello, encontraba un perfecto punto de encuentro entre el difusionismo inherente a sus planteamientos historicistas, su posición política frente a Bosch y la tradición nacional-católica del régimen franquista, que encontraba del todo conveniente refrendar científicamente la versión bíblica sobre nuestro origen. Y además, con ello, San Valero introducía un cambio importante en la manera de estudiar nuestro pasado prehistórico, ya que al poner énfasis en el lugar de origen y por tanto, en la vía de transmisión del Neolítico, comenzaba a establecer un interés por el llamado proceso de “neolitización” o por las cuestiones del “origen” de las etapas culturales. De hecho, este interés se trasladará al Calcolítico una vez que este periodo comience a recibir su propia atención particularizada, concretándose este tipo de estudios en lo que conocemos como “modelo colonial”.

Por su parte, en 1947, A. del Castillo introdujo el término “neo-eneolítico” para designar un periodo intermedio entre el Neolítico y las primeras fases con

bronce de algunos yacimientos y en una publicación de 1950, Pericot (1950: 129) ya situó en Oriente el origen de la metalurgia y del megalitismo.

2) Pero todas las interpretaciones seguían siendo completamente especulativas (y, como resultará evidente, fundadas en un concepto de cultura que nada tenía que ver con dinámicas sociales de gente real). Era del todo necesario un incremento del volumen de información empírica para que el Calcolítico pudiera definirse como etapa arqueológica, para que adquiriera consistencia y autonomía. Este fue el vacío que vinieron a rellenar, en parte, los trabajos del matrimonio George y Vera Leisner. Como he tenido ocasión de citar en otro lugar (Hernando 1999b: 114), son altos los susurros que extienden el rumor de la función de espionaje alemán que los Leisner cubrieron en nuestro suelo durante la Segunda Guerra Mundial (Alonso del Real, com.pers.; Orihuela 1997: 65). George Leisner era un militar profesional alemán que, junto a su mujer, excavó un conjunto muy extenso de dólmenes y megalitos de la mitad meridional de la Península Ibérica. Ambos llegaron en los años 30 a la Península y a través del Instituto Arqueológico Alemán contactaron con Louis Siret en Herrerías (Román 1996: 79). Partiendo de su obra, pretendieron precisar en la cronología relativa de las fases que aquellos venían definiendo, pero dada su falta de formación teórica, su construcción interpretativa no tiene demasiada consistencia. De hecho, he encontrado pocos textos en mi vida que entrañaran semejante dificultad de entender lo que podía significar una frase escrita en castellano. Posiblemente la obra fuera mucho más inteligible en el alemán original en que fue escrita, pero lo cierto es que entre la expresión formal, la traducción y la falta de formación teórica en Ciencias Sociales de un militar profesional y su esposa, la obra resultante no constituye precisamente un aporte conceptual. Otro es el caso, sin embargo, de las ilustraciones de los materiales que obtuvieron en sus excavaciones, referencia obligada de cuantos se dedicaron en los años posteriores al estudio del fenómeno megalítico y, por tanto, del Calcolítico en la zona, por la calidad y meticulosidad que demuestran.

La obra de los Leisner ofrece una agrupación tipológica de los materiales que hallaban en lo que ellos denominaban “grupos de inventario”, integrados por tipos de tumbas y elementos de ajuar. Porque debe decirse que, fieles al particularismo histórico que va a regir su estudio, no hacen un estudio integral de una cultura o de una zona, sino que se limitan a escoger un rasgo vistoso y aislado, como es el de las tumbas megalíticas y a referir de manera descontextualizada sus hallazgos. Ya que, como vimos, según el normativismo inherente al particularismo histórico, cualquier rasgo de una cultura es tan representativo de ella como todos los demás, basta con elegir aquel que más

particularice a esa cultura para acceder a la objetivación o materialización de algunas de sus ideas más representativas; es decir, para acceder al núcleo de su cultura, que no es, según esta concepción, más que un conjunto de ideas. Así que los Leisner prescindieron de todos los demás rasgos para centrarse en aquel que les pareció más llamativo y representativo: el mundo funerario. Y, como puede comprenderse, resulta difícil establecer dinámicas culturales sobre esta base tipológica que selecciona sólo una parte del registro cultural.

Los Leisner no realizan, por tanto, una obra de síntesis sobre el Calcolítico del Sur peninsular, pero como ya indicara en su día M^ºI. Martínez Navarrete (1989: 266), su análisis de la arquitectura funeraria del Sudeste tiene trascendencia por dos razones: primero, porque precisó la cronología relativa del Sureste elaborada por Siret; y segundo, porque construyeron una detallada cronología absoluta de Los Millares a través de “paralelos orientales”, lo que “orientaría la búsqueda de los centros originarios de los “colonos orientales” que constituirá el objetivo fundamental de la siguiente fase de la investigación”.

La verdad es que dudo que tenga mucho sentido intentar reconstruir ahora, cuando ya hemos empezado otro siglo y otro milenio, el esquema interpretativo de los Leisner sobre el megalitismo del Sur peninsular, dada su falta de consistencia y fundamentación. Me limitaré, por ello, a apuntar algunos de los rasgos que puedan ser relevantes a los efectos que se tratan aquí.

Los Leisner citaban al menos dos “círculos culturales” coexistiendo en la Península Ibérica: el “círculo de los pueblos agrícolas, que podría relacionarse por una parte con el círculo occidental de Europa, y de allí hacia el este con el círculo del Danubio; por otra parte, con las islas orientales”; y otro caracterizado “por su menor apego al patrimonio cultural de la población agrícola”, y más próximo “a la facies africana” (Leisner 1949: 79-80). Reconocían la primacía de las cuestiones étnicas (*Ibidem*: 78) pero, a diferencia de Bosch, no consideraban que los criterios tipológicos de complejidad creciente pudieran ser índices cronológicos, sino manifestaciones de las interferencias que podían producirse en la distinta evolución de cada grupo cultural (Hernando 1987-88: 49). El análisis de estas “interferencias” de los desarrollos étnico-culturales les llevó a definir tres tradiciones culturales que, diacrónica o sincrónicamente, son perceptibles en el mundo megalítico peninsular: la tradición neolítica, la de la Plena Edad del Cobre y la de la Edad del Bronce. Pero dado que todo está lleno de “interferencias”, resulta difícil obtener una propuesta concreta de los autores sobre la evolución de esos círculos culturales o, por lo menos, de sus tipos funerarios representativos (*Ibidem*). La simplicidad o complejidad de los tipos de tumbas o de los ajuares no significa, por ello,

nada en concreto. Todo depende de cada caso y de la subjetividad puesta en juego en ese momento.

Según estos autores, “en las culturas de la Península hay que distinguir tres grupos de relaciones exteriores (...): las analogías ciclado-cretenses”, el “horizonte africano-egipcio” y el grupo de relaciones con “el Mediterráneo occidental” (Leisner 1949: 76-77). A cada uno de ellos, puede atribuirse la presencia en nuestro territorio de una serie de objetos arqueológicos concretos: así, al primero “pertenecen (...) los grandes tholos con enterramiento colectivo, (...) los ídolos planos, la pintura de vasijas”, etc. Al segundo se asignan “la fina labra del pedernal (...), los ídolos de marfil y peines”, etc., y al tercero, “la difusión del vaso campaniforme, la metalurgia”, etc. (*Ibidem*).

Se transforma así el mecanismo básico de estudio. A pesar de mantenerse subyacente la concepción teórica de los círculos culturales, el objetivo se centra ahora en la búsqueda del origen de cada uno de los rasgos culturales perceptibles en el mundo funerario megalítico, lo que conduce a la normativista individualización de paralelos y, en consecuencia, al inicio de los presupuestos básicos del posterior “modelo colonial”. No se busca ya el origen geográfico del conjunto de una cultura, aunque persiste tal concepción, sino de cada uno de los rasgos de esa cultura, lo que llevará en último término a señalar el lugar de procedencia de las influencias que han incidido sobre la globalidad cultural. Será éste el rasgo teórico caracterizador de los investigadores del modelo colonial.

Los Leisner representan, en consecuencia, una corriente –muy confusa– de estudio que aúna la concepción de los círculos culturales –el sustrato étnico es, a su juicio, fundamental para apreciar las similitudes culturales– y el difusionismo más flexible del “modelo colonial”. Pero, como seguimos viendo, toda su reconstrucción del pasado es completamente especulativa, no tiene en cuenta a la gente de la que habla y, sin embargo, de ninguna manera surge la más mínima duda sobre la veracidad de lo que se cuenta. El historicismo más positivista sigue constituyendo la única base sobre la que se levanta, en esas fechas, la Prehistoria española.

Como hemos visto más arriba, en 1946 San Valero sugirió por primera vez un origen próximo oriental para el neolítico de la Península Ibérica. Pues bien, en 1956 sucedieron dos hechos de interés para el tema que nos ocupa: por un lado, la publicación del yacimiento italiano de Arene Cándide, cuya cerámica cardial iba a ser tomada como “fósil-guía” de todo el Mediterráneo centro-occidental y considerada prueba de la llegada de colonizadores neolíticos desde el Mediterráneo oriental (a pesar de que allí no existiera tal cerámica); y por otro de la independencia de Marruecos y la anexión del protectorado español, que va a coincidir con un progresivo desinterés de todas las cien-

cias españolas por lo que sucede al otro lado del Estrecho, desinterés que se mantiene hasta la actualidad (Fernández Martínez 1996: 245). De esta forma, aunque algunos casos excepcionales, como el de Tarra-dell siguen intentando aclarar el neolítico norteafricano (*Ibidem*: 244), la mayor parte de los investigadores desvían su atención a esa zona de influencia donde toda Europa –y Estados Unidos, cuya Universidad de Chicago inicia allí el famoso proyecto sobre el origen del Neolítico dirigido por Braidwood– tenía ahora claros objetivos: el Próximo Oriente. Es así que a mitad de los años 50, toda la Prehistoria española pasa por un punto de inflexión discursiva, centrándose en los procesos de “origen” y no de desarrollo de las etapas culturales (“el inicio del neolítico”, “el inicio de la metalurgia”,...) y buscando –a través de publicaciones, que no de trabajo de campo “in situ”– los paralelos materiales que justificaran las infundadas y especulativas conclusiones que empiezan a definir la nueva versión de nuestra prehistoria. De hecho, aunque en nada cambia el paradigma teórico, sí se produce una importante transformación en las premisas empíricas.

Además, en 1955 la Prehistoria se independizaba, por primera vez, de los estudios de Epigrafía, Numismática y Arqueología Clásica, a los que había estado vinculada desde su nacimiento, convirtiéndose en enseñanza obligatoria en la Licenciatura de Filosofía y Letras. Es decir, a partir de la segunda mitad de los años 50, la Prehistoria se consolida como disciplina de estudio independiente de la Arqueología Clásica, por lo que se hace necesario fijar el marco de conocimientos desarrollados hasta la fecha y establecer el punto del que partir. De ahí que en 1959 se decidiera celebrar el I Symposium de Prehistoria Peninsular, donde habrían de fijarse conceptos y propuestas. Aunque en 1946 habían nacido, por iniciativa de A. Beltrán, los Congresos Arqueológicos del Sudeste español (la zona más trabajada y conocida hasta el momento, como hemos visto), que habrían de convertirse en 1949 en los Congresos Arqueológicos Nacionales, sólo en 1959 se deciden inaugurar los Symposia con vocación monográfica para discutir información sobre aspectos concretos. En ese año, además de establecerse el “paradigma cardial” y la procedencia próximo-oriental de nuestro neolítico, se decidió también rechazar el término “neo-eneolítico” propuesto por A. del Castillo y establecer el de Calcolítico para denominar al periodo de origen de la metalurgia, dando así comienzo a una etapa más definida, aunque sin ningún cambio conceptual, en el estudio del Calcolítico peninsular.

Parte de esa definición empírica (que no teórica) vino dada por lo que se dio en llamar el desarrollo del “marco auxiliar” y por las revisiones de los materiales existentes procedentes de excavaciones antiguas en la década de los 60. Pero la transformación se vivió en un nivel puramente metodológico, en un intento por

dar coherencia a las categorías teóricas sobre las que se asentaba el modelo. Es decir, lo que sucede a partir de esta década es que se intenta profundizar en las implicaciones positivistas de los argumentos historicistas, a través del intento de mejorar los “métodos” para aumentar la información. Como bien señalaba A. Orihuela (1997: 68), se entendía por método “la planificación y coordinación de las actividades de excavación, contextualización del dato arqueológico e información de las propiedades del objeto arqueológico”, y no una modificación sustancial del planteamiento conceptual que permitía analizar el pasado. El conocimiento que a partir de ahora se obtenga se considerará, así, tanto más “objetivo” y “verdadero” cuanto más precisos sean los instrumentos de análisis y la multidisciplinariedad implicada.

Pero, en realidad, nada cambió. De hecho, esta etapa se concretó en la búsqueda de los paralelos en el Próximo Oriente ante la necesidad de justificar un modelo nacido de especulaciones infundadas que se había convertido en el paradigma interpretativo del momento. Al igual que los estudios del neolítico empezaron a volcarse en la definición del horizonte cardial y del “paquete de rasgos” asociados a los primeros colonizadores venidos de Oriente, los de Calcolítico se centran en la búsqueda de los lugares de origen de los supuestos metalúrgicos que habrían traído a nuestra península el conocimiento y uso del metal que definía al periodo. De esta forma, se inició lo que se conoce como “modelo colonial”, representado por figuras como B. Blance (1961) que, retomando aquellas antiguas y especulativas ideas de los hermanos Siret, y a pesar de ver refutados sistemáticamente sus argumentos, seguían sosteniendo la llegada a nuestras costas de población foránea cargada de innovaciones tecnológicas. No había (Martínez Navarrete 1989: 285-291) ni un solo elemento de cultura material procedente del Próximo Oriente en nuestro suelo y, sin embargo, el “modelo colonial” se mantuvo, en prueba de que la interpretación del pasado está determinada por factores que tienen mucho que ver con el presente, durante toda la década de los años 60 y 70. No hay más que leer los trabajos de Savory (1968), Kalb (1975), Schubart (1971) o Maluquer de Motes (1975), para comprobar la reproducción de un modelo de interpretación sin base empírica alguna y que, sin embargo, se mantenía en función de su oportunidad política y teórica.

Dicho modelo entra, sin embargo, en crisis a mitad de la década de los 80. Aunque todavía algunos autores siguieran reproduciendo rígidamente el esquema (Schüle 1986), la propia falta de fundamentación había llevado ya a Vaz Pinto y Parreira (1979) a poner en duda algunos de los conceptos manejados en el “modelo colonial” y posteriormente a Fernández Miranda (1985) a ensayar una versión modificada y atenuada del asunto en una ponencia a un congreso na-

cional, a través de lo que llamó la “difusión punteada”, que “provocaría el viaje de ideas pero no de productos” entre el Mediterráneo Oriental y Occidental, y a través de la cual podría explicarse la llegada de la metalurgia, la generalización de “los rituales funerarios colectivos en tumbas de cámara (...), los modelos de fortificación tipo Millares-Kalandriani”, etc. –versión sostenida también en esos años por Pellicer (1986), Eiroa (1986) o Muñoz (1986)–.

Pero el modelo se hundía sin remisión. Ninguna evidencia empírica lo apoyaba, por lo que, a medida que se producía la propia maduración –teórica y metodológica– de la disciplina, los investigadores no iban teniendo otra solución que rendirse ante el peso de la evidencia y poner en cuestión todo el modelo vigente. Esto fue lo que hicieron Arribas y Molina (Arribas 1986; Arribas y Molina 1984) o Martínez Navarrete (1989, que constituía la publicación de su tesis doctoral de 1985), asumiendo una crisis que, en parte, podía ahora declararse abiertamente porque distintos autores anglosajones habían comenzado a desarrollar planteamientos teóricos distintos que servían de alternativa. En efecto, dichos autores, procedentes de Estados Unidos o Gran Bretaña, donde las corrientes positivistas hacía tiempo que habían dejado de ocuparse de los individuos y habían centrado la atención en el conjunto social, introdujeron en nuestra península un paradigma teórico que había dejado de estar centrado en los objetos, para hacerlo en las relaciones sociales; no concedía ya importancia a los hechos particulares, sino a los procesos de cambio. Pero, sin embargo, como vamos a ver, lo seguían haciendo desde un marco puramente positivista que impedía tener en consideración a la gente que los protagonizó.

3. LA ARQUEOLOGÍA CENTRADA EN LAS RELACIONES SOCIALES. PLANTEAMIENTOS POSITIVISTAS MATERIALISTAS

En efecto, tal fue la aportación principal de autores como A. Gilman (1976, 1981, 1987a y b; Gilman y Thornes 1985), R. Chapman (1978, 1981, 1983, 1984, 1987, 1991) o C. Mathers (1984 a y b), quienes desarrollaron una aproximación “procesual” a la prehistoria peninsular, intentando dar una explicación a los procesos de cambio observables durante el Calcolítico del Sureste español, zona que seguía siendo privilegiada en función de dos factores: por un lado, una mayor abundancia de información empírica debido a los trabajos previos, entre otros, de los hermanos Siret; y por otro, la existencia de mayor información arqueológica debido a las condiciones de aridez que la particularizan y que parecían haber constituido un factor de aceleración del cambio cultural observable en ese registro.

En semejante contribución radica la mayor importancia de las publicaciones de estos autores, quienes, de hecho, pusieron común énfasis en el intento de conexión entre las recién surgidas jerarquías y las condiciones de aridez del Sureste peninsular. Es decir, por primera vez se contemplaba el Calcolítico como una etapa cultural que debía ser explicada como una totalidad coherente y estructurada de rasgos y donde la relación con el medio en el que se situaba tenía que formar parte de la explicación. Obsérvese que este nuevo planteamiento seguía confiando en la “verdad” de sus resultados y concediendo prioridad a la razón frente al sujeto como categoría sobre las que asentar el conocimiento. Es decir, se trataba de posiciones puramente modernas que habrían de ser pronto discutidas en el mundo anglosajón por la prioridad que el individualismo que caracteriza a esa sociedad iba concediendo poco a poco al sujeto. De hecho, I. Hodder comenzó desarrollar sus planteamientos post-procesuales en esa misma década de los 80, por lo que no resulta extraño que también ese modelo positivista y procesual, que con tanta fuerza había surgido en Estados Unidos desde los años 60, comenzara a experimentar su propia crisis poco después de ser introducido en España por los autores citados. Ello puede explicar que esas interpretaciones anglosajonas que tanto éxito tuvieron en España en los años 80 no continuaran su desarrollo con la misma intensidad en los años 90, ni siquiera por sus propios creadores.

Sin embargo, el valor de estas aportaciones trascendía la interpretación concreta del Calcolítico, ya que sirvieron básicamente, en mi opinión, como una muestra de lo que podían ser las respuestas que se obtuvieran de la Prehistoria cuando se hicieran otras preguntas. De hecho, esta visión de la Prehistoria, que tenía en cuenta la cultura como una totalidad integrada de rasgos (materiales) y no como un conjunto de “paquetes” independientes, en el que cada uno podía describirse y estudiarse por separado, tuvo una gran influencia entre los investigadores españoles, que desde hacía tiempo, habían comenzado a percibir la obsolescencia de las posiciones historicistas. De esta forma, comenzaron a surgir estudios materialistas, como los de Ramos Millán en el Sureste (1981) que, desde un determinismo materialista pretendía analizar el proceso de cambios vividos en el Calcolítico del Sureste, los de Nocete en el Suroeste (1989; Nocete *et al.* 1991), que intentaba comprender la génesis del Estado desde el materialismo dialéctico o los funcionalistas de Hurtado (1986) sobre la cuenca media del Guadiana.

Al tiempo, en 1987, M. Fernández-Miranda organizó una Mesa Redonda en Oviedo sobre “El origen de la metalurgia en la Península Ibérica” que, aunque manteniendo la preocupación anterior por los procesos de inicio de las innovaciones, manifestaba ya un interés por discutir el cambio de paradigma que se estaba

produciendo en toda la Península. De hecho, en ella participaron investigadores de todo el área peninsular, incluido Portugal, en un esfuerzo por establecer una nueva recapitulación y punto de partida de la situación en la que se encontraba el estudio del Calcolítico en la Península (publicada en los *Papeles de Trabajo. Arqueología* 1 (1987) de la Fundación Ortega y Gasset). Aunque debe decirse que no se presentaron en ella novedades interpretativas, el hecho mismo de convocar la reunión revelaba la insatisfacción y la crisis por la que atravesaban los estudios de este momento histórico.

De hecho, con posterioridad a esa fecha han sido escasas las novedades. En el momento en que se empezó a considerar el Calcolítico como una fase cultural compleja, en la que había que definir rasgos del tipo de las relaciones sociales, económicas o ideológicas de los grupos que las protagonizaban, comenzó a surgir la dificultad para diferenciar este periodo del Neolítico Final. Comenzaba a hacerse patente que el cambio social y cultural que define al Calcolítico se había iniciado al comienzo del Neolítico Final, y que nada había que diferenciase en realidad ambas etapas, tan artificialmente delimitadas por los investigadores en épocas previas. Parecía quedar de manifiesto, cada vez en mayor medida, que el cambio realmente significativo de esa parte de la Prehistoria tenía que ver con el surgimiento del campesinado como forma social, con el modo de legitimación de la restricción de los recursos que implicaba, las nuevas formas de parentesco que debieron arbitrarse (Vicent 1998) y la progresiva división de funciones y especialización del trabajo que caracterizaba a la sociedad. Semejante transformación parece evidenciarse en el registro arqueológico a través de la aparición de las aldeas estables, de las necrópolis que se les asocian, de los sistemas de almacenamiento, de los elementos de prestigio o de los productos de intercambio, y todo ello, fue apareciendo desde el Neolítico Final e intensificándose y visibilizándose progresivamente. Así lo iban poniendo de manifiesto, comenzada ya la década de los 90, los estudios realizados desde el materialismo histórico por J. Vicent (1991, 1998), y los emprendidos desde el estructuralismo por F. Criado (1993 a y b; 1995; Criado y Villoch 1998). En el momento en que se contempla la compleja interacción de todos los elementos de la cultura y la necesidad de encontrar una coherencia básica a las formas que el registro arqueológico desvela, el Calcolítico parece perder todo su sentido como etapa independiente y separada del Neolítico Final.

Nada trascendental parece ocurrir con la aparición de la metalurgia del cobre, que representa solamente uno más de esos elementos de prestigio y que, como van demostrando las investigaciones, puede llegar a enclavarse en contextos de claro Neolítico Final, co-

mo en Cerro Virtud (Herrerías, Almería), donde la actividad metalurgia y los enterramientos colectivos se fechan en niveles del V milenio cal.BC. (Ruiz Taboada y Montero 1997). En la Lora burgalesa, por su parte, recientes excavaciones demuestran la existencia de tumbas megalíticas en fechas también antiguas, del último cuarto del V milenio cal.BC (Delibes 1997), y en distintas áreas de la Península se han encontrado cerámicas decoradas con motivos simbólicos, tradicionalmente consideradas calcolíticas, en contextos de Neolítico Final (Gavilán *et al.* 1995: 326, por ej.).

Es decir, a medida que la perspectiva de análisis del Calcolítico incluye el conjunto de los rasgos culturales del periodo, parece más difícil establecer una separación entre lo que tradicionalmente se consideraba Neolítico Final y Calcolítico, lo que paradójicamente, volvería a dar la razón a los hermanos Siret, que no consideraban que los inicios de la metalurgia hubieran significado ninguna transformación significativa del orden cultural del final del Neolítico. Tal parece que, a medida que más sabemos de la Prehistoria, más obsoleta deviene la periodización que la rige, y que la propia evidencia va poniendo de manifiesto que el recurso de utilizar innovaciones tecnológicas para dividir las etapas de la Prehistoria constituyó una estrategia organizativa del agujero negro que al final del siglo pasado era nuestro más remoto pasado, pero que semejantes innovaciones no fueron necesariamente asociadas a cambios de otro nivel cultural.

4. CONCLUSIÓN

En el siglo XIX, la necesidad de establecer un esqueleto prehistórico al que ir aderezando con atributos culturales justifica la división tecno-tipológica de la Prehistoria, pero la investigación de esos atributos y la consideración de las culturas como fenómenos complejos e integrados de rasgos nos impiden mantener el criterio hoy día. Nada realmente novedoso se produjo en la Península Ibérica al principio del Neolítico (Hernando 1999b), siendo el cambio estructural importante el que se produjo en el Neolítico Final, cuya intensificación y continuación denominamos Calcolítico. La periodización decimonónica de la Prehistoria que hoy mantenemos, establece cortes donde no los hubo y continuidades donde se produjeron transformaciones del más hondo calado.

Personalmente creo que el Calcolítico no fue sino ese periodo en el que fueron haciéndose visibles en el registro arqueológico las modificaciones estructurales implicadas en el proceso de inicio del campesinado del Neolítico Final. El hecho de que las primeras piezas de metal o que los signos de desigualdad social puedan aparecer un poco antes o un poco después es irrelevante, a mi entender, comparado con el pro-

pio hecho de la aparición del campesinado y las formas de desigualdad que implica y permite. Creo que, en parte, ésta es la razón por la que son muy escasas las novedades interpretativas desde que la corriente procesual anglosajona nos llevó a contemplarlo como una etapa cultural: porque cualquier investigación sobre ese periodo conduce en cierta manera a disolverlo en un proceso de mayor alcance, lo que obliga a cambiar los criterios de trabajo de los que se parte, y eso exige unos instrumentos conceptuales y teóricos que la arqueología, de por sí, no brinda. Es necesario acudir a posiciones mucho más multidisciplinarias, como las que implican, por ejemplo, las posiciones estructuralistas (Criado y Villoch 1998, por ej.), para contemplar el proceso vivido durante el Calcolítico como una fracción artificial de una dinámica que no tuvo rupturas, lo que obliga a comprender de una manera mucho más global de lo que la Prehistoria ha hecho hasta ahora el concepto de cultura y de transformación cultural.

Nos hemos inventado el Calcolítico (como todos los demás periodos) porque necesitábamos concretar los cambios por los que atravesó nuestra marcha identitaria desde el pasado hasta este presente que tanta exigencia de orientación demanda. Al principio, cuando las etapas por las que habíamos atravesado se medían en función de las innovaciones trascendentales que nos habían aportado, a nadie se le ocurrió que la aparición del cobre pudiera servir para identificar una etapa diferente. De hecho, los Siret siguieron considerándolo así cuando perforaron el Sureste en busca de vestigios del pasado. La metalurgia aparecía asociada a las últimas fases del Neolítico, y nada más. Seguía sin existir cuando el historicismo imperante sustituyó el estudio del pasado por el de las piezas del pasado, especializándose en tumbas, o en cerámicas, o en objetos simbólicos. Al perder de vista el contexto al que pertenecían, cupo la posibilidad de imaginar fantasías de navegantes, de colonos, de metalúrgicos yendo y viniendo por costas africanas o del Mediterráneo Oriental, que para el caso daba lo mismo a la vista de la falta de evidencia en cualquiera de esas zonas, y crear en consecuencia el espejismo de un periodo con personalidad propia, el Calcolítico. Pero poco quedaba ya para que llegara el tiempo del cambio del paradigma, de sustitución del esfuerzo historicista por el esfuerzo procesual para el conocimiento de las culturas del pasado. Y el Calcolítico se reveló como un periodo que difuminaba sus rasgos con los del Neolítico Final del que procedía, sin que, en realidad, cupiera individualizarlo más que por la intensificación de los rasgos del periodo precedente.

Creo que si la Prehistoria quisiera avanzar en el conocimiento de las culturas del pasado debería comenzar por sustituir la clasificación tecno-tipológica por otra de orden socio-cultural. Sólo en ese momento

estaríamos abandonando realmente la primera etapa historicista de la investigación de la Prehistoria para ser congruentes con los presupuestos que informan las demás aproximaciones (tanto positivistas materialistas, como hermenéuticas si se diera el caso, como estructuralistas). No se pueden hacer estudios no historicistas con instrumentos historicistas, y esto es lo que seguimos haciendo al individualizar el Calcolítico como periodo de estudio. Por eso, creo que el cambio de denominaciones para las etapas de la Prehistoria no es un asunto irrelevante ni marginal: establece el criterio que permite el desarrollo de la investigación. En este sentido, la desaparición del Calcolítico como etapa arqueológica no sólo sería coherente con la evidencia arqueológica, sino que nos permitiría avanzar, paradójicamente, en el conocimiento del proceso de cambio que, tras el nacimiento del modo de vida campesino, tuvo lugar en nuestro suelo.

Pero si se me permite, creo incluso que deberíamos llegar aún más allá, pues aún ni siquiera con ello conseguiríamos cambiar realmente el paradigma que nos impide conocer las culturas de esos “otros” del pasado en profundidad. Para ello sería necesario concebir las culturas como el conjunto de relaciones establecidas entre un conjunto de seres humanos y una porción de fenómenos de la naturaleza no-humana, y analizarlas como conjuntos enteros, en los que la medida creciente de la sofisticación tecnológica implica una medida decreciente de sofisticación en la relación “personal” con el mundo (humano o no) (Hernando 1999a). Y esto tiene muchas implicaciones en la toma de decisiones de un grupo, en su valoración de los cambios o en su actuación sobre el medio. Permitiría

comenzar a pensar en el pasado como el ámbito de existencia de grupos que entendieron que la vida o la muerte eran algo distinto de lo que nosotros entendemos, que la pertenencia al grupo tenía otra intensidad de significado o que hablar de religión podía tener poco sentido en grupos en que la esfera mítica abarca tantos más fenómenos cuantos menos hubieran sido descritos a través de un modelo científico de representación. En lugar de seguir considerando a esos “otros” como menores de edad en camino de nuestra privilegiada madurez, podríamos reconocerles como adultos, como iguales en el grado de sofisticación de su relación con el mundo. Y así, en lugar de pensar que entendieron lo mismo que nosotros por realidad pero que no pudieron controlarla igual, y dedicarnos a recuperar las evidencias de transformación de esos sistemas de control en esa suerte de teleología etnocéntrica en la que hemos convertido su estudio, abriríamos las puertas a las sorpresas que puede deparar la comprensión de la sutileza y coherencia, lucidez e inteligencia de cada una de las formas culturales de los que no fueron como nosotros.

AGRADECIMIENTOS

La orientación general de este trabajo es resultado de la investigación realizada gracias al proyecto financiado por la DGE (PB97-0276) “Estudio de la correlación entre construcción de la identidad y complejidad socio-económica de los grupos humanos”. Quiero agradecer a Víctor M. Fernández sus útiles comentarios al borrador inicial de este texto.

BIBLIOGRAFÍA

- ABERG, N. (1931): *La Civilisation Énéolithique dans la Péninsule Ibérique*. A.-B. Akademiska Bokhandeln, Uppsala.
- AMORÓS, C. (1997): *Tiempo de Feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y Postmodernidad*. Cátedra, Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, Valencia.
- ARRIBAS, A. (1986): La época del Cobre en Andalucía oriental. Perspectivas de la investigación actual. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía: 159-166.
- ARRIBAS, A.; MOLINA, F. (1984): Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica. *Francisco Jordá. Oblata. Scripta Praehistorica*, Salamanca: 63-112.
- BARTRA, R. (1997): *El salvaje artificial*. Ensayos/Destino 38, Barcelona.
- BINFORD, L.R. (1985): Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity*, 31-2: 203-10.
- BLANCE, B. (1961): Early Bronze colonists in Iberia. *Antiquity*, XXX: 192-202.
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica. *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander.
- BOSCH GIMPERA, P. (1944): El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. Imprenta Universitaria, México. *Paletnología de la Península Ibérica, Colección de trabajos sobre Celtas, Iberos, Vascos, Griegos y Fenicios*, Akademische Druck, Graz (Austria), 1974: 1-468.
- BOSCH GIMPERA, P. (1961): Los problemas del neo-eneolítico peninsular y el symposium de 1959. *Zephyrus*, XII: 43-63.

- BOSCH GIMPERA, P. (1966): Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas. *Revista de Guimaraes*, LXXVI: 249-306.
- BOSCH GIMPERA, P. (1969): La Cultura de Almería. *Pyrenae*, 5: 48-93.
- BOSCH GIMPERA, P. (1975): *Prehistoria de Europa*. Istmo, Madrid.
- CHAPMAN, R. (1978): The evidence for prehistoric water control in Southeast Spain. *Journal of Arid Environments*, 1: 261-274.
- CHAPMAN, R. (1981): Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el sudeste de España. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6: 75-89.
- CHAPMAN, R. (1984): Early metallurgy in Iberia and the Western Mediterranean: innovation, adoption and production. *The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the Western Mediterranean island and the peripheral areas* (W.H. Waldren, R. Chapman, L. Lewthwaite y R.C. Kennard, comps.), B.A.R. International Series, 229: 1139-61.
- CHAPMAN, R. (1987): The Copper Age in Southeast Spain. *Proyecto Gatas. Sociedad y Economía en el Sudeste de España c.2500-800 a.n.e. 1. La prospección arqueológica* (R. Chapman, V. Lull, M. Picazo y M^ªE. Sanahuja, comps.), B.A.R. International Series, 348: 1-8.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas: el sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Crítica, Barcelona.
- CRiado, F. (1991): Tiempos megalíticos, espacios modernos. *Historia y Crítica*, 1: 85-108.
- CRiado, F. (1993a): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56.
- CRiado, F. (1993b): Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL*, 2: 9-55.
- CRiado, F. (1995): The visibility of the archaeological record and the interpretation of the social reality. *Interpreting Archaeology. Finding meaning in the past* (I. Hodder et al., eds.), Routledge, London: 194-204.
- CRiado, F. (e.p.): *Nosotros, los post-primitivos*. Akal, Madrid.
- CRiado BOADO, F.; VILLOCH VÁZQUEZ, V. (1998): La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia). *Trabajos de Prehistoria*, 55 (1): 63-80.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1997): C-14 y la secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos. *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo* (A. Rodríguez Casal), Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 Abril 1996), Consello da Cultura Galega, Universidade de Santiago de Compostela y Unión Internacional das Ciencias Prehistóricas e Protohistóricas, Santiago de Compostela: 391-414.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1995): Theory and ideology in archeology: Spanish archaeology under the Franco régime. *Antiquity*, 67: 74-82.
- EIROA, J.J. (1986): Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste. *Historia de Cartagena*, vol. 2, Mediterráneo, Murcia: 355-404.
- ELIADE, M. (1968): *Mito y realidad*. Labor, Barcelona.
- ELIAS, N. (1990a): *La sociedad de los individuos*. Península, Barcelona.
- ELIAS, N. (1990b): *Compromiso y distanciamiento*. Península, Barcelona.
- ELIAS, N. (1993): *El proceso de la civilización. Investigaciones psicogenéticas y sociogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1996): *Arqueología Prehistórica de África*. Síntesis, Madrid.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1985): Relaciones mediterráneas entre el cuarto y el segundo milenio. Ponencias al XVIII Congreso Nacional de Arqueología (sin paginar) (23 páginas), Gobierno de Canarias.
- FOUCAULT, M. (1990): *Arqueología del saber*. Siglo XXI, Madrid.
- GADAMER, H.-G. (1992): *Verdad y Método II*. Sígueme, Salamanca.
- GAVILÁN, B.; VERA, J.C.; PEÑA, L.; MAS, M. (1995): El Vº y IVº milenios en Andalucía Central: la cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). Recientes aportaciones. *I Congrès del Neolític a la Península Ibérica* (Gavà-Bellaterra, 1995), Rubricatum, 1-1: 323-327.
- GIDDENS, A. (1997): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época Contemporánea*. Península, Barcelona.
- GILMAN, A. (1976): Bronze Age dynamics in Southeast Spain. *Dialectical Anthropology*, 1: 310-319.
- GILMAN, A. (1981): The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22, 1: 1-23.
- GILMAN, A. (1987a): Unequal development in Copper Age Iberia. *Specialization, exchange and complex societies: an introduction* (E.M. Brumfield y T.K. Earle, eds.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge: 22-29.
- GILMAN, A. (1987b): El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 27-34.
- GILMAN, A.; THORNES, J.B. (1985): *Land use and prehistory in Southeast Spain*. George Allen & Unwin, Londres.
- HERNANDO, A. (1987): ¿Evolución cultural del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste español? *Trabajos de Prehistoria*, 44: 171-200.
- HERNANDO, A. (1987-88): Interpretaciones culturales del Calcolítico del Sureste español. Estudio de sus bases teóricas. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13: 35-80.
- HERNANDO, A. (1988): *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica: una revisión crítica*. Col. Tesis doctorales, n. 188/88, Ed. Universidad Complutense, Madrid.
- HERNANDO, A. (1992): Enfoques teóricos en Arqueología. *SPAL*, 1: 11-35.
- HERNANDO, A. (1999a): Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): 19-35.
- HERNANDO, A. (1999b): *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una historiografía crítica del Neolítico*. Síntesis, Madrid.
- HURTADO, V. (1986): El Calcolítico en la cuenca media del Guadiana y la necrópolis de La Pijotilla. *Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular* (Madrid, 1982): 51-75.
- KALB, F. (1975): Arquitectura de las colonias del Bronce I. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza: 383-386.
- LEISNER, G.; LEISNER, V. (1949): Los monumentos megalíticos del mediodía de la Península Ibérica, según los re-

- sultados a que han llegado G. y V. Leisner. *Archivo Español de Arqueología*, XXII: 75-85, 195-206, 249-263 y 363-377.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1988): Historia de las investigaciones en torno al origen del Neolítico español. *El Neolítico en España* (P. García, coord.), Cátedra, Madrid: 39-46.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1975): La Edad del Bronce en el occidente atlántico. *Primeras Jornadas de Metodología Aplicada a las Ciencias Históricas*, Santiago de Compostela: 129-145.
- MARTÍ OLIVER, B. (1985): Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: Historia de la investigación, estado actual de los problemas y perspectivas. *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Anejo a *Lucentum*, Universidad de Alicante: 53-84.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^ªI. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI, Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M^ªI. (1997-1998): The development of Spanish archaeology in the 20th century. *Archaeologia Polona*, 35-36: 319-342.
- MATHERS, C. (1984a): Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in southeast Spain. *Papers in Iberian Archaeology* (T.F.C. Blagg, R.F.J. Jones y S.J. Keay, eds.), B.A.R. Intern. Series, 193(i): 13-46.
- MATHERS, C. (1984b): 'Linear regression', inflation and prestige competition: 2nd millennium transformations in southeast Spain. *The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the Western Mediterranean island and the peripheral areas* (W.H. Waldren, R. Chapman, L. Lewthwaite y R.C. Kennard, comps.), B.A.R. International Series, 229: 1167-1196.
- MEDEROS, A. (1996): La primera propuesta de la secuencia prehistórica del Sureste Ibérico. Luis Siret y Cels. *Tabona*, IX: 379-397.
- MEDEROS, A. (1999): El joven Bosch Gimpera y la primera estructuración de la Prehistoria en España. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 65: 9-28.
- MUÑOZ, A.M^ª (1986): El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía: 152-156.
- NOCETE, F. (1989): *El Espacio de la Coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000-1500 a.n.e.* British Archaeological Report. International Series 492, Oxford.
- NOCETE, F.; ORIHUELA, A.; PEÑA, M. (1993): Odiel. 3000-1000 a.n.e. Análisis histórico para la contrastación del proceso de jerarquización social. *Anuario Arqueológico de Andalucía/1991*, Actividades sistemáticas, T.II, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Cádiz: 259-266.
- ORIHUELA, A. (1997): *Historia de la Prehistoria del Suroeste Peninsular*. Tesis doctoral. Universidad de Sevilla, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Prehistoria y Arqueología.
- PELLICER, M. (1986): Calcolítico. *Historia de España*, vol. I. Gredos, Madrid: 207-264.
- PERICOT GARCÍA, L. (1950): Agricultores, pastores y metalúrgicos. *La España Primitiva*, II, Colección Histórica LAYE, Ed. Barna, Barcelona: 121-197.
- PERICOT GARCÍA, L. (1963): La escuela arqueológica barcelonesa. *II Symposium de Prehistoria Peninsular* (Barcelona, 1962), Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona, Barcelona: xviii-xxviii.
- RAMOS MILLÁN, A. (1981): Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6: 203-256.
- ROMÁN DÍAZ, M^ªP. (1996): *Estudios sobre el Neolítico en el Sureste de la Península Ibérica. Síntesis crítica y valoración*. Universidad de Almería, Servicio de Publicaciones, Almería.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1993): La organización de la Arqueología en España. *Teoría y Práctica de la Prehistoria: perspectivas desde los extremos de Europa* (M^ªI. Martínez Navarrete, coord.), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander: 45-73.
- RUIZ-TABOADA, A.; MONTERO, I. (1997): Rethinking the Neolithic period in the Iberian Peninsula. *62th Annual Meeting of the Society for American Archaeology* (3 April 1997), Nashville, Tennessee.
- SAVORY, H. (1968): *Spain and Portugal. The prehistory of the Iberian peninsula*. Ancient peoples and places, Thames and Hudson, Londres.
- SCHMIDT, H. (1909/1915): El origen español de la alabarda y la cronología de los principios de la Edad de los Metales. *Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España* (H. Schmidt, ed.), Memorias de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 8, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid: 11-32.
- SCHUBART, H. (1971): O horizonte de Ferradeira. Sepulturas do Eneolítico final no sudoeste da Península Ibérica. *Revista de Guimarães*, LXXXI: 189-215.
- SCHÜLE, W. (1986): El Cerro de la Virgen de la Cabeza (Orce, Granada). Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural". *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía: 208-220.
- SIRET, H.; SIRET, L. (1890): *Las primeras Edades del Metal en el sureste de España*. Barcelona.
- SIRET, L. (1892): Nouvelle campagne de recherches archéologiques en Espagne. La fin de l'époque néolithique. *L'Anthropologie*, III: 385-404.
- TRIGGER, B. (1992)[1989]: *Historia del Pensamiento Arqueológico*. Crítica, Madrid.
- VAZ PINTO, C.; PARREIRA, R. (1979): Àcerca do conceito de *colonia* no Calcolítico da Estremadura. Actas da 1^ª Mesa-Redonda *O Neolítico e o Calcolítico em Portugal* (Porto, Abril 1978), Trabalhos do Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto, 3: 135-145.
- VICENT, J.M. (1990): El neolitic: transformacions socials i econòmiques. *El canvi cultural a la Prehistoria* (J. Anfruns y E. Llobet, eds.), Columna, Barcelona: 241-293.
- VICENT, J.M. (1991): Arqueología y Filosofía: La Teoría Crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.
- VICENT, J.M. (1998): La Prehistoria del Modo Tributario de Producción. *Hispania*, LVIII/3: 200, 823-839.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. (1996): Os pronomes cosmológicos e o perspectivismo ameríndio. *Mana*, 2(2): 115-144.
- YOUNG, M. (1988): *The Metronomic Society. Natural Rhythms and Human Timetables*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.